

# BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8,

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5 —Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga *una peseta* al importe de la suscripción.— Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XXVI.

MADRID, 31 DE OCTUBRE DE 1902.

NÚM. 511.

## SUMARIO

### PEDAGOGÍA

Estado de nuestras Universidades, por *D. Blas Lázaro é Ibiza*.—Revista de revistas, por *D. D. Barnés* y *D. J. M. Navarro de Palencia*.—Sumarios de revistas pedagógicas.

### ENCICLOPEDIA

En la Cartuja del Paular, por *D. Constancio Bernaldo de Quirós*.—La España del siglo XIX (conclusión), por *D. Rafael Altamira*.—Carta de París, por *X*.

### INSTITUCIÓN

Libros recibidos.

## PEDAGOGÍA

### ESTADO ACTUAL DE NUESTRAS UNIVERSIDADES <sup>(1)</sup>

por el Prof. *D. Blas Lázaro é Ibiza*,

Catedrático de la Facultad de Farmacia.

.... Me ha parecido que en los actuales momentos, cuando España trata de reconstituir su vida interior, después de las agitaciones y catástrofes que entristecieron nuestra historia en el pasado siglo, cuando todos los elementos que hoy llamamos intelectuales dedican atención preferente á los múltiples problemas de la educación y cultura patrias, en esta solemnidad de hoy muy especialmente, debemos ocuparnos de algo que con la enseñanza se relacione.

Pero advierto que cuanto á la instruc-

ción y educación nacional se refiere hállese en litigio al presente. Materias que debe comprender, extensión de cada una de las enseñanzas, organización, personal, tendencias, procedimientos, todo está hoy sobre el tapete. Podría decirse que, al fin, después de los largos años que hemos dejado transcurrir con exceso de quietud y acaso con culpable reposo, hemos vuelto bruscamente nuestra atención hacia tales problemas, queriendo desquitarnos rápidamente de las inercias pasadas, acometiéndolo todo de un golpe é intentando resolver con improvisadas soluciones problemas que son difíciles por sí mismos y que aparecen agravados por el retraso con que entre nosotros se plantean.

Cierto es que no dan tregua algunas de las necesidades de nuestra educación, cuyas deficiencias se acusan claramente en las clases todas de nuestra sociedad. Sobre una masa analfabeta en su mitad y poco educada en su totalidad, álzase una clase media regularmente instruída, pero que acaso no siente con la intensidad que deseable fuera la necesidad urgentísima de transformar esa masa, que es la verdadera base de la nación, en un elemento culto y dotado de todos los hábitos y condiciones que se requieren para vivir plenamente la vida europea de nuestros tiempos.

No hay en nuestra sociedad una clase superior á la denominada media, aunque existan brillantes restos de las que fueron clases directoras en los siglos anteriores al XIX: por lo que puede decirse que, independientemente de las variaciones que ha sufrido y pueda sufrir la constitución política de nues-

(1) Fragmentos del discurso leído por el señor Lázaro en la apertura del curso de 1902 á 1903 en la Universidad de Madrid.

ATENCIÓN A LA BIBLIOTECA DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

tro país, el poder social, la función directora, se ejercen por la porción más elevada de la clase media en la que, para este efecto, podemos considerar incluidos los restos de aristocrático abolengo, insuficientes hoy para constituir por sí solos un elemento director de nuestra sociedad.

Grave es, sin duda, que tales clases directoras no se hayan dedicado con más viva atención y más intenso esfuerzo á elevar la menguada cultura de las masas y avivar el sentimiento por los ideales de la clase media. Ambas necesidades son urgentes y constituyen los dos magnos problemas de la educación nacional, harto grandes ambos para que puedan ser acometidos de frente y en su totalidad en estas modestísimas observaciones. Mas si no disponemos hoy de lugar para ahondar en tan graves cuestiones, creemos, sí, que no aventuramos nada, ni sentamos una opinión exclusivamente personal, al afirmar que los problemas todos de la educación nacional pueden sintetizarse en dos grandes aspiraciones: establecer una enseñanza primaria modesta, pero sólida y bien orientada, que penetre hasta los últimos grados de la masa nacional, é infundir aliento vigoroso y calor por los altos ideales humanos en las clases directoras. Cuantas medidas tiendan á extender el campo de acción de la escuela, á disminuir la terrible cifra de los elementos iletrados de nuestro pueblo, igualmente que las encaminadas á reanimar el espíritu de la enseñanza superior, serán beneficios cobrables en plazo breve y merecerán el aplauso entusiasta de los verdaderos patriotas.

Pretensión ociosa é inútil sería la de marcar un orden de prioridad entre los dos problemas mencionados: pues, cualesquiera que fuesen las razones que se pudiesen alegar, no bastarían para demostrarnos que el problema de la enseñanza primaria deba resolverse antes ó después del de la enseñanza superior. Dadas las múltiples conexiones que entre ambos existen, sería lo más práctico trabajar simultáneamente en la resolución de los dos problemas, si aspiramos á que los remedios sean eficaces y los resultados positivos é inmediatos. Tan íntimamente unidas se hallan estas dos cuestiones, que

de nada servirían los esfuerzos realizados para solucionar una de ellas, si no se acometía simultáneamente la otra con igual brío y entereza.

Pero nadie habrá de sorprenderse de que los aquí reunidos, atentos á nuestra significación profesional, nos preocupemos preferentemente de la enseñanza superior, ni encontrará inoportuno que yo trate de examinar una de las cuestiones parciales que más vivamente afectan á ésta, ya que examinarla en toda su integridad sería, sin duda, abarcar un horizonte demasiado extenso. Aunque, bien considerado, cualquier asunto referente á la enseñanza afecta ó se refiere á una de las dos cuestiones indicadas, verdadera síntesis de nuestro problema pedagógico, no hay espacio suficiente en un discurso de esta índole para examinar ninguna de las dos en su totalidad; por lo que habré de concretarme á exponer algunas consideraciones sobre puntos determinados y aspectos particulares que á la enseñanza universitaria se refieren, puntos y aspectos que al presente solicitan de preferencia nuestra atención y que, por las novedades, no muy grandes, ciertamente, que en las universidades tratan de introducir los acuerdos legislativos, son hoy de mayor actualidad.

Debemos pensar que las universidades no afectan á la vida del país tan sólo por el influjo que puedan ejercer en la cultura y competencia del personal de ciertas profesiones: pues aunque no sea pequeño este fin, ni escaso el interés que pueda inspirar á cuantos se cuidan de los progresos de nuestra sociedad, tendría una idea muy menguada de lo que las universidades deben ser el que no viese en ellas otra finalidad que la de una agrupación de escuelas profesionales. Mucho mayor es la trascendencia que puede reconocerse á la obra universitaria, por lo que influye en la formación del espíritu de las clases directoras del porvenir. La calidad de éstas depende, muy principalmente, de la cultura que en nuestras universidades se desenvuelve, de las personalidades que en ellas se forman y de la ilustración, moralidad, iniciativa y vivo sentimiento de los altos ideales patrios que en ellas sepamos inspirar. «Este es el tesoro de donde proveo á

mis pueblos de justicia y de gobierno, decía Carlos I refiriéndose á la Universidad de Salamanca, por proceder de ella tantos que ejercieron cargos de una y otra clase con verdadera autoridad; y, aunque los tiempos han cambiado bajo tantos aspectos la organización política del país, el hecho es hoy tan cierto como entonces.

Por eso cuanto á la Universidad afecta no puede ser mirado como una cosa pequeña y que sólo interesa á ciertas clases, como el profesorado, los doctores y licenciados; sino como la fase más viva y palpitante del problema de la enseñanza superior. Bajo este supuesto y con este amplio sentido, vamos á ocuparnos, no de todo lo que á los establecimientos universitarios se refiere, sino de algo más concreto y modesto, limitándonos á formular algunas observaciones acerca del estado actual de nuestras universidades y de algo de lo que podría hacerse para lograr su mejora y engrandecimiento...

## I

*Edificios y mobiliario (1).*

La primera cuestión que puede suscitarse es la de si las universidades están debidamente alojadas; si los edificios en que actualmente tienen su instalación poseen condiciones adecuadas para su destino. ¿Qué podría responderse si el Ministerio de Instrucción pública creyese conveniente preguntarnos acerca del particular? Aunque las condiciones son muy diversas en cada una de las universidades y no todas ellas podrían responder en idénticos términos, pecaríamos de optimistas si supusiésemos que la generalidad de los claustros habrían de acusar entera satisfacción en sus respuestas...

Son, los unos (2), conventos habilitados para este fin después de la desamortización; los otros fábricas construídas *ad hoc* cuando las necesidades eran tan diversas de las que hoy debe satisfacerse un buen edificio universitario; y, en uno y otro caso, tienen las irremediables deficiencias que nacen de la falta

de concordancia entre el plan que presidió su construcción y el destino que actualmente se les asigna. Aun construídos *ex profeso* y en tiempos recientes, requieren que en sus planos todos los detalles se subordinen á las necesidades de la enseñanza, en vez de dejar á la libre inspiración de los arquitectos, que, pensando ante todo en construir un edificio de aspecto monumental, planeen á su albedrío una construcción para instalar después en ella una universidad. Buena prueba de que no siempre se llenan los requisitos indispensables es el edificio, recientemente construído, de alguna de nuestras universidades, en la cual, mal que pese á sus pretensiones suntuosas y á la visualidad de sus fachadas, se ven cátedras y laboratorios instalados en sótanos, con cubicación escasa, luz penosa y ventilación difícil (1).

Si esto suele ocurrir con edificios nuevos, y que se construyeron para su actual destino, puede suponerse lo que ocurrirá con los vetustos caserones que en otras partes sirven de albergue á las facultades universitarias. Allí donde el número de alumnos es muy reducido y los estudios corresponden á pocas facultades, sobre todo si se trata de enseñanzas orales, un edificio amplio y capaz puede servir regularmente, aunque no tenga todas las condiciones deseables; pero donde la diversidad de estudios, y especialmente de los de carácter experimental, es grande, y no pequeño el de escolares, las deficiencias de los locales producen mayor trastorno y suscitan graves dificultades á la marcha normal de las enseñanzas.

No es, ciertamente, la Universidad Central de las que pueden considerarse regularmente alojadas. En el edificio en que se halla instalada es capaz á lo sumo para una ó dos facultades, aparte del espacio necesario para el rectorado, oficinas y paraninfo. Por dedicarse á mayor número de enseñanzas de las que buenamente puede alojarse en él, resulta que alguna facultad tiene cátedras y laboratorios destacados en puntos diversos de la población, y aun así ha tenido que construir un pabellón aparte en el reducido

(1) Para comodidad del lector, añadimos estos epígrafes á los diversos capítulos del discurso.—*N. de la R.*

(2) Habla de los locales.—*N. de la R.*

(1) Parece aludir á la Universidad de Barcelona.—*N. de la R.*

jardín de la Universidad é instalar un gabinete de Física en un sótano, cuyas condiciones frigoríficas pueden alabarse sin ningún género de reservas, ya que de las higiénicas y de las que debiera reunir para la buena conservación del material no pueda decirse otro tanto.

Y no se crea que las facultades de nuestra Universidad que tienen un edificio propio han resuelto del todo la cuestión. La de Medicina tiene un edificio grande y susceptible de ensanches y ampliaciones, merced á lo cual ha podido satisfacer sus necesidades crecientes, que nacen del carácter práctico y experimental de sus enseñanzas, en grado suficiente para que, si sus distinguidos profesores no han realizado aún todas las condiciones del ideal, se aproximen á él lo suficiente para poder sentirse satisfechos. No sucede lo mismo con alguna otra facultad (1), cuyas cátedras son hoy insuficientes para el número de alumnos que á ellas concurren (2), siendo además largas y estrechas, con menos que medianas condiciones para ver y oír, y en donde la cubicación resulta tan exigua, que el aire llega á ser irrespirable á la media hora de comenzar las clases. Lo propio ocurre en las galerías del mismo edificio, en donde no hay espacio para moverse, á las horas en que coinciden las entradas y salidas de las diferentes cátedras. ¿Qué de extraño tiene que, cuando esto ocurre con los servicios instalados desde fecha antigua, falte lugar para los creados en tiempos más recientes? En dicha casa ha llegado á ser absolutamente imposible el establecimiento de un museo y de dos ó tres laboratorios que las enseñanzas actuales exigen imperiosamente.

Tampoco es condición debidamente cumplida en las cátedras de nuestra Universidad, ya se trate de las de su edificio central ó ya de las destacadas en otros edificios, la del aislamiento conveniente para que no molesten los ruidos del exterior y para que cuando el calor se hace sentir puedan abrirse al-

(1) Parece aludir á la de Farmacia.—*N. de la R.*

(2) Y aún lo eran más en los tiempos en que yo cursaba en ellas mis estudios, pues llegó á cerca de 600 el número de matriculados en cátedra en que sólo hay un centenar de asientos.

gunos de sus huecos sin experimentar en alto grado los inconvenientes que nacen de la comunicación con la vía pública. La facultad á que anteriormente me he referido tiene la mitad de sus enseñanzas en tales condiciones, respecto de este particular, que en sus cátedras se oyen mejor que la voz del profesor, los gritos destemplados del vendedor callejero, el machaqueo del industrial vecino, las cultas exclamaciones de los chicos del barrio, el ruido continuo de los coches y carros que corresponden á su mucha circulación y pésimo empedrado, las canciones de los ciegos y la perpetua serenata de los pianos de manubrio; todo ello con tal intensidad y de modo tan continuo, que, para juzgar debidamente de hasta dónde puede llegar la acción perturbadora de tales circunstancias se necesita haberlas experimentado año tras año.

Los locales de una buena parte de nuestra Universidad distan mucho de merecer la calificación de buenos, y los hay entre ellos que pueden calificarse de francamente malos, aun por el ánimo más optimista. La cubicación de las aulas es, en general, deficiente, correspondiendo á cada alumno un volumen de aire por hora que, excepto en las cátedras poco concurridas, suele no llegar á la mitad del recomendado por la higiene. Las clases en que el alumnado es numeroso suelen quedar en no pocos casos por bajo de esta media ración y carecen de otras condiciones higiénicas, teniéndolas algunas tan malas, que sólo por la necesidad de dar las enseñanzas de algún modo, se explica que tengan lugar en locales tan deficientes. Cátedras hay, y no pocas, en que, al poco tiempo de comenzar las clases, el aire se halla saturado de un olor que, aunque muy humano, no se recomienda para la respiración ni para el olfato.

Tampoco puede merecernos grandes elogios el mobiliario y menaje de las aulas. En la generalidad de éstas, los asientos son bancos corridos, á los que con la mayor propiedad puede aplicarse la clásica frase de que en ellos «toda incomodidad tiene su asiento», aun cuando no siempre le tengan los matriculados. Salvo dos cátedras, que creo

que son las únicas dotadas de pupitres, en las demás los bancos son corridos, móviles ó fijos. En el primer caso, el de los bancos móviles, modelo el menos recomendable que imaginarse pueda, sólo existen unos cuantos centímetros de diferencia entre las alturas de los asientos de las primeras y últimas filas, y aun este pequeño desnivel no se consigue sin una disminución bien perceptible en la comodidad de los concurrentes, la mayoría de los cuales se ven precisados á sentarse en bancos cuya altura no guarda la debida proporción con la suya propia.

Puede decirse que este modelo de cátedras, comparable por su modestia con las más humildes escuelas rurales, no sólo carece de las comodidades más elementales y de condiciones tan necesarias como la de que los alumnos vean el material que se presenta en clase y perciban algo de los experimentos que con él se realicen, sino también de la no menos conveniente, bajo tantos aspectos, de que sean vistos por el profesor. En estas cátedras, sobre todo si son largas y estrechas, cosa que también suele suceder, el profesor sólo ve las caras de los que se sientan en las primeras filas, permaneciendo invisibles para él la mitad por lo menos de sus oyentes; condición que goza de la más perfecta reciprocidad, pues los que no logren asiento en los primeros puestos, no sin trabajo podrán asomarse entre las cabezas de sus compañeros. Cuando en tales aulas tiene lugar algún experimento interesante, los alumnos suelen levantarse y aun encaramarse sobre los bancos, con la perturbación consiguiente. Cierto, que no tienen esta disposición todas las cátedras universitarias; pero no se crea que lo que comento es algún caso raro ó excepcional, puesto que en esta Universidad existe una facultad cuyas cátedras, salvo una, corresponden todas á este modelo, impropio de nuestros tiempos é incompatible con toda clase de enseñanzas experimentales, que son precisamente las que se dan en las mencionadas aulas.

El segundo modelo, el de bancos fijos, se halla tan ampliamente representado en nuestra Universidad, que á él corresponden casi

todas sus cátedras. Unas veces — y aun en alguna cátedra construída recientemente y de nueva planta puede verse este modelo — los bancos carecen de respaldo, contra todas las recomendaciones de la comodidad y de la higiene, presentando una disposición que parece copiada de las graderías de los coliseos romanos y de las plazas dedicadas á lo que, con lamentable propiedad, suele llamarse nuestra fiesta nacional. Pero si en estos locales no resultan cómodos los tales asientos, ni aun para los más entusiastas aficionados, puede juzgarse de lo recomendables que serán para que los escolares pasen en ellos bastantes horas por imposiciones de la necesidad, sometidos á reglas que no permiten ni deben permitir la amplia libertad de posiciones tolerable en los locales antes aludidos, y efectuando al par un esfuerzo de atención y un trabajo mental nada ligero, condiciones sin las cuales la asistencia á las cátedras sería de todo punto inútil. La higiene y aun la comodidad no deben tenerse hoy por artículos de puro lujo, cuando se trata de locales destinados á la enseñanza, si han de atenderse los consejos de la pedagogía.

Los bancos fijos con respaldo y situados en alturas diferentes permiten á los alumnos ver ni ser vistos y son, si no cómodos, menos molestos que los modelos antes examinados, pero no carecen tampoco de defectos. El más capital es, en mi opinión, el de no tener ninguna disposición para que los escolares puedan tomar apuntes, como si el tomarlos fuese caso raro ó imprevisto entre los concurrentes á las aulas; de donde resulta que éstos se ven obligados á escribir penosamente y en posturas nada recomendables sobre un libro ó una cartera pequeña colocada encima de las rodillas. También tienen estos asientos el inconveniente de ser todos de la misma altura, como si el constructor hubiese supuesto que todos los estudiantes habrían de tener igual talla.

Aparte de la cubicación de los locales y de las condiciones de los asientos, hay otras recomendaciones higiénicas y pedagógicas no siempre bien atendidas en las aulas, como son las referentes á iluminación, ventilación, superficie y color de las paredes y

techos. Aunque en general las paredes están desnudas, que es lo que se aconseja como más conveniente, hay casos en que la estrechez de los locales obliga á tener en ellos estanterías, en las que á través de los vidrios se ven los aparatos y objetos que en ellos se guardan. Esto es sencillamente que las cátedras son al mismo tiempo museos y gabinetes, lo cual hace que los concurrentes hallen en la contemplación de los objetos expuestos mil motivos de distracción, y que aquéllos se conserven peor por el contacto del aire viciado y el polvo que allí se produce. La desaparición de estos locales, que por la pretensión de que sirvan para una doble función no llenan bien las condiciones de una ni de otra, sería conveniente, consiguiéndose así que las cátedras no tengan otro uso que el que su nombre indica.

Dejando á un lado detalles secundarios, de los que podríamos agregar no escaso surtido, nos limitaremos en este punto á las indicaciones que anteceden, las cuales nos hemos permitido hacer para llamar la atención acerca del estado poco satisfactorio en que las universidades se hallan, aun en las cuestiones de más fácil remedio, en aquellas en que los defectos se denuncian más claramente por sí mismos y acerca de las cuales podemos estar unánimes, pues nada pueden influir en ellos la diversidad de ideales y de orientaciones pedagógicas.

Dedúcese de lo expuesto cuán distantes estamos de realizar el ideal de las construcciones universitarias de nuestros días. Admitiendo por tal aquel en que más cumplidamente se satisfagan las necesidades de la enseñanza y las recomendaciones de la higiene, y el que mejor se preste á las rectificaciones y ampliaciones que el porvenir pueda imponernos, creemos que el local de una universidad modelo y á la moderna no debería estar situado en una gran ciudad ó por lo menos en sitios muy céntricos de ella, ni constar de un solo edificio, por amplio y monumental que éste fuese, ni tener los huecos de iluminación y ventilación de las cátedras en fachadas exteriores, y más si éstas correspondían á vías animadas de una circulación medianamente activa. Una ciu-

dad mediana ó pequeña y un gran parque con edificios aislados constituyen, á nuestro juicio, el emplazamiento para las universidades.

En la localización de éstas en las grandes ciudades no vemos otra ventaja que la de que su población produce un buen contingente de escolares, los cuales no tienen necesidad de cambiar de residencia para cursar sus estudios. Desde cualquier otro punto de vista que examinemos las circunstancias de este emplazamiento, le encontraremos desventajoso. Los estudiantes hallan en las grandes poblaciones un ambiente peligroso en la época en que los extravíos son más fáciles por la exuberante vida de la juventud siéntense menos sometidos que en las poblaciones pequeñas á la vigilancia de sus profesores y encargados y el tiempo transcurre gratamente, aun sin dejarse llevar por los atractivos de una vida disipada sin que sea grande la parte dedicada al estudio, á no tener una gran fuerza de voluntad, dote no muy común en la primavera de la vida. Hasta el sostenimiento es más caro en tales ciudades é impone á las familias de los estudiantes forasteros sacrificios de mayor cuantía y que no siempre se ven compensados en el porvenir.

Los profesores, por esta misma carestía de la vida, unida á las exigencias sociales que cargo de tanta significación trae consigo, y que, ¿por qué no decirlo?, está retribuido con alguna sobriedad y hasta con evidente insuficiencia durante los primeros años, se ven obligados á procurarse un suplemento necesario con el ejercicio profesional ó con labores de otro género, honrosas siempre, pero que merman el tiempo y consumen gran parte de las energías que en otras circunstancias se dedicarían por entero y de un modo exclusivo á la función de la enseñanza ó á las investigaciones científicas. Sería tan innecesario como impertinente todo ejemplo, pues en cada universidad y en cada claustro todos sabemos que, de no hallar un suplemento considerable en el ejercicio profesional, los que á la enseñanza nos dedicamos hemos de comenzar por santificar nuestra alma con el más sincero y eficaz voto de pobreza. Si aludo aho-

ra á esta cuestión, de que he de tratar más adelante, es por el apoyo que en ella encuentra la opinión que vengo sustentando, pues todo lo que encarezca la vida agrava la situación del profesor y algún alivio procuraría el que las universidades estuviesen situadas en ciudades no muy populosas.

Por otra parte, la magnitud de las distancias en los grandes centros de población obliga á gastar en pura pérdida una buena parte del día y la agitación peculiar de la vida en ellos consume una cantidad no despreciable de energías; su ambiente engendra fatiga mental y alteraciones de la salud que, á largo plazo, se traducen en la degeneración de las clases medias. A estudiantes y á profesores sería más conveniente sin duda la tranquilidad característica de las pequeñas ciudades, y en ellas el trabajo de unos y otros sería más normal y seguramente más fructífero. Yo, por mi parte, confieso que tengo verdadera simpatía por estos emplazamientos, y que recuerdo complacido la impresión que en mi memoria queda de alguna de las pequeñas ciudades universitarias que he visitado.

No se me oculta que los intereses creados presentarían grandes resistencias, y que las ciudades que poseen universidades y que, dicho sea de paso, no se cuidan mucho de éstas ni de su vida precaria bajo algunos aspectos, se opondrían enérgicamente, si alguien pensase en su traslación. Guardaría-me mucho de proponer que se realizase ahora la de las universidades que radican en grandes poblaciones; pero, concediendo esto á los hechos consumados y á la historia de los establecimientos académicos en España, no he de ocultar que de esto nacen algunos de los inconvenientes que en las condiciones de los edificios universitarios y en la vida académica hallamos. Adviértase también que, en punto de las condiciones locales de una buena universidad, habremos de ser más exigentes al tratar de una gran población, por ser en ésta mayor la necesidad del aislamiento, y porque el mayor número de estudiantes complica siempre la cuestión.

He manifestado mi opinión contraria á los grandes edificios que albergan todo gé-

nero de enseñanzas bajo una misma techumbre, y mi preferencia por la instalación de edificios aislados para las diversas facultades y escuelas, museos, laboratorios de todo género, observatorios y demás establecimientos anejos á una grande universidad, porque no hay previsión ni cálculo de probabilidades que baste para determinar *a priori* todas las circunstancias que ha de reunir un edificio universitario, si éste ha de satisfacer todas las necesidades del porvenir....

Si supiésemos que, al trasladar á Madrid la Universidad Complutense, y no se trata de una fecha muy remota, en vez de acudir al socorrido sistema de la habilitación de conventos se hubiese construído una fábrica de nueva planta y, no economizando recursos, se hubiese obtenido un edificio que llenase cuantas condiciones ideales se hubiera podido pedir en aquella época, ¡qué duda cabe de que hoy sería insuficiente y de que en él no cabrían la mitad de los servicios necesarios! Y no digamos nada de lo insuficiente que hoy sería el viejo solar de la Universidad Complutense.

En el modelo de las antiguas universidades, las exigencias eran relativamente pequeñas, pues en general bastaba con tener aulas para las enseñanzas orales y un salón para las solemnidades académicas. Pero, en las universidades modernas, aunque el número y diversidad de las enseñanzas resulta considerablemente mayor, y en igual proporción aumentado el personal docente (1) y el de escolares, las cátedras necesarias no constituyen sino una parte, y no la mayor, de sus verdaderas necesidades. Lo complicado y vario del material que hoy se exige para la demostración en las enseñanzas científicas impone la necesidad de locales especiales para gabinetes y museos. La enseñanza práctica—cuyas excelencias se han expuesto

(1) En 1866 existían solamente 78 cátedras en la Universidad Central, de las que ocho pertenecían á la Facultad de Teología, que ahora no existe; las cinco facultades hoy existentes contaban solamente 70. En 1882, ascendían á 90, y actualmente existen 119 plazas de catedráticos numerarios; pero el número de cátedras es realmente mayor, puesto que desde hace dos años se halla establecido el principio de la acumulación en las Facultades de Ciencias y Letras.

ya por muy distinguidos profesores (1) en esta y otras universidades, en ocasión como la que hoy me ha traído á este puesto, y de cuya necesidad no hablo porque me parece debe estar saturado de ella el ambiente en las esferas oficiales y plenamente convencida de sus ventajas la pública opinión—enseñanza sin la cual no es factible llenar, ni siquiera medianamente, la necesidad de formar personal apto para el ejercicio de las profesiones á la universidad confiadas, tiene exigencias, sin cuya satisfacción no tendría de práctica más que el nombre. Cada materia necesita locales especialmente acomodados á la naturaleza de las observaciones y operaciones propias de su índole; en muchos casos, un mobiliario especial y en todos, claro es, material diferente. Las enseñanzas científicas requieren que los alumnos pasen en estos locales más tiempo que en las aulas, é impiden que puedan ser de uso común á enseñanzas diferentes, á no ser en casos muy especiales, necesitando, como las aulas mismas, amplitud, mayor espacio que éstas, puesto que ya no se trata de oír reposadamente una explicación, sino de trabajar con material á veces abundante y voluminoso, luz, y generalmente instalaciones de agua, gas y fluído eléctrico. Requieren también ventilación y aislamiento, ambiente grato para el trabajo, en una palabra. Las diferencias y gradaciones de las materias científicas incluídas en la enseñanza son muchas, y por ellas puede juzgarse del número y extensión requeridos por los diferentes laboratorios.

Necesítanse además otros locales para los estudios de los profesores y personas ya prácticas que se consagran á labores especiales de investigación. No son menos precisos estos laboratorios que los antes mencionados: pues si en aquéllos se adquieren las nociones necesarias para el manejo del material, en el grado suficiente para la orientación de los alumnos de una asignatura, en éstos se profundiza más y se llevan á cabo los trabajos de investigación, base y fundamento de los progresos científicos y origen

de las aplicaciones útiles del porvenir. Los primeros locales son necesarios para las enseñanzas profesionales; los segundos son útiles para un fin más alto, el de formar investigadores que ensanchen los horizontes de la ciencia patria y acrecienten los prestigios universitarios.

El enorme desarrollo de las ciencias experimentales en las últimas décadas, y las exigencias que su enseñanza impone en la actualidad han cambiado radicalmente el concepto que de los edificios universitarios podría tenerse no hace aún medio siglo. Pero sería erróneo, ó por lo menos aventurado, afirmar que esta evolución ha terminado ó esté próxima á terminar, pues cada día estos conocimientos se subdividen más y en sus diversas ramas se fundan nuevas técnicas que exigen instalaciones especiales. Nada nos autorizaría para creer que un local que satisfaga las exigencias del estado presente pueda llenar cumplidamente las de mañana; pero como un edificio, por monumental que sea, no es susceptible de ampliarse y transformarse sino dentro de ciertos límites, llegaría á ser insuficiente, como han llegado á serlo muchos de los más amplios del extranjero; y de aquí que, para servir á las necesidades crecientes de la enseñanza, sea más útil un parque, dentro del cual puedan construirse nuevos pabellones cuando las necesidades lleguen á exigirlo.

Tiene esto la ventaja de que las condiciones de aislamiento, que tantas conveniencias recomiendan, se llenan de un modo perfecto; las necesidades de iluminación, ventilación y todos los servicios especiales en que la higiene debe imponer sus dictados, plantéanse con mayor libertad que en las construcciones colosales, en las que todos los problemas de la edificación resultan sometidos á exigencias de pie forzado, contra las cuales lucha con desventaja el ingenio del constructor.

Agrégase á esto la conveniencia de subdividir la masa escolar, sin que la existencia de asignaturas comunes á dos ó más facultades imponga á los alumnos la necesidad de salvar grandes distancias, como hoy sucede en nuestra Universidad. Hasta la ventaja de hacer más grata la vida escolar, pue-

(1) Garagarza, Carracido, Mascareñas y Casares, entre otros.



de alegarse en pro del modelo que preconizamos.

Semejante instalación universitaria es un ideal para nosotros; pero este ideal hállese realizado ya en otros pueblos, y, como todos saben, es una realidad en muchas universidades de moderna creación, especialmente en varias del Norte América y en la de Tokio, y aun pudiera decirse que á este modelo se asemejan las universidades inglesas, no obstante su vieja historia.....

(Concluina.)



#### FRANCIA

#### Revue internationale de l'enseignement.—

Paris.

ABRIL

*La enseñanza del griego en Prusia*, por M. Collard.—Se sabe que Guillermo II, por segunda vez después de su advenimiento al trono, ha reunido, del 6 al 8 de Junio de 1900, una Comisión encargada de revisar el programa de los Gimnasios prusianos.—Antes de la reunión, se anunciaba la muerte del griego; y por el contrario, la Comisión lo mantiene, lo eleva sobre un pedestal y hasta parece pretender rejuvenecerlo.—El defensor del griego en el seno de la Comisión, M. de Wilamowitz, uno de los más grandes filólogos de la Alemania actual, ha expuesto sus ideas en una memoria, que el Gobierno prusiano ha publicado á manera de informe y como unida á los trabajos de la Conferencia.—Según él, debe aprenderse el griego, para conocer «el papel histórico de la antigüedad que nos ha precedido é iniciado»; y fijándose, según dice, no en la forma, sino en la importancia histórica de los autores, aconseja para la lectura Homero, Herodoto, Sofocles, Eurípides, Platón y una crestomatía que «enseñará lo que los antiguos pensaban y decían de los diversos problemas que aún nos interesan y que interesarán en todo tiempo.» Á continuación, expone algunos consejos de carácter metodológico; declara en ellos la guerra á la acentuación griega, que conside-

ra como una invención de las gramáticas sin valor educativo alguno; aconseja luego que se empiece el estudio del griego por la lectura de Homero, explicándose así en su opinión el origen de las formas ordinarias, además de hacerse desaparecer desde el principio numerosas excepciones; sistema éste tomado de Ahrens y coronado por el éxito en la práctica.—El autor del artículo critica la Memoria de M. de Wilamowitz en lo que tiene de innovadora, fijándose especialmente en sus dos ideas fundamentales: la admisión para la lectura de la crestomatía y el estudio de la lengua en todo su desenvolvimiento, por creer que el alumno debe enterarse de cómo ha evolucionado, desde el reino de la espontaneidad y del sentimiento, al del entendimiento y la lógica, pasando en seguida por una fase de abstracción seca y científica é intentando en fin renacer á la vida artística por diversos ensayos de imitaciones artificiales. Al refutar esta segunda afirmación, dice que no es necesario un estudio acabado de la antigüedad para conocer nuestra civilización en todos sus aspectos y en toda su evolución; un cierto conocimiento del pasado basta, y nuestros alumnos lo adquieren por la lectura de algunos autores escogidos y por lecciones bien hechas de historia antigua. Es inexplicable este olvido del apoyo que ofrece aquí la historia, cuya enseñanza no permanece estacionaria, no se reduce como otras veces á una serie de batallas, sino que concede, un lugar al estudio de la civilización, de la vida antigua bajo todas sus formas, vida material, moral é intelectual; recurre á las «lecturas históricas», que inician en parte en las fuentes, introducen lo pintoresco en la lección y constantemente llaman á la atención en su ayuda. Por último, no es con extractos, con lo que se puede caracterizar un género literario y una época.

*La enseñanza pedagógica en la Escuela Normal superior*, por Julio Tannery.—Se ocupa solamente en lo que llama «pedagogía científica» de la escuela. Expone la organización interna del establecimiento y la variedad de procedencia de sus alumnos. Se estimula en éstos el amor á la ciencia y el

espíritu crítico. Desgraciadamente, después de las vacaciones de Pascuas, está todo subordinado al concurso de agregación (1). Sólo en él piensan los alumnos; las preocupaciones científicas y hasta las generales de su profesión son abandonadas; ya se sabe que este concurso es difícil y su dificultad aumenta por ser restringido el número de plazas. Hay con frecuencia más alumnos en cada promoción de la Escuela, que plazas de agregación. ¿Cómo evitar, en estas condiciones, la fiebre de la preparación en los últimos meses (2)?

*Las escuelas técnicas secundarias en Alemania*, por F. Marotte.—Señala los grados de la enseñanza técnica, el primero de los cuales está formado por escuelas de obreros. Frecuentemente son solo cursos complementarios, hechos por la tarde ó los domingos y dirigidos á aprendices jóvenes ó á obreros ya formados, afirmando y extendiendo su educación general y perfeccionando sus conocimientos profesionales. El segundo grado de la enseñanza técnica comprende las escuelas de contra maestres. Estas reciben á los obreros más inteligentes y conocedores de su oficio y dotados de las cualidades convenientes para la dirección de un grupo de trabajadores; y les dan los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para su futura función. Forman el tercer grado las escuelas objeto del artículo; y el cuarto las escuelas técnicas superiores, que habilitan á sus alumnos para ocupar las posiciones más elevadas de la industria.—Estudia después la organización de la segunda enseñanza, que, como es sabido, para satisfacer á los jóvenes que no querían ó no podían llegar hasta el término de los estudios secundarios, se ha dividido en dos ciclos de 6 y 3 años de estudio, respectivamente, separados por un examen muy importante («Abschlussprüfung»), la piedra angular por decirlo así, de la segunda enseñanza alemana, y cerrados por el certificado de madurez, que permite el ingreso en las

Universidades y escuelas técnicas especiales.—Se ocupa por último de las escuelas técnicas secundarias, establecidas paralelamente al ciclo superior de la segunda enseñanza general. Se proponen, en primer lugar, dar los conocimientos teóricos y prácticos convenientes para el ejercicio de las profesiones industriales; en una medida variable, se esfuerzan también por completar la educación de sus alumnos. Su fin es formar hombres capaces de ser en las grandes empresas los auxiliares de la dirección técnica superior y los intermediarios, entre esta dirección y los órganos de ejecución; ó bien de aportar á la dirección de las explotaciones medianas y pequeñas, la iniciativa, el espíritu de ciencia y de progreso que trae consigo el éxito. Cada escuela comprende en general muchas secciones, cuya enseñanza conviene á un grupo de profesiones vecinas y entre las cuales se distribuyen los alumnos según su oficio futuro. La especialización comienza al principio, ó en el curso de los estudios y se va acentuando progresivamente; en el último período, existen cursos complementarios facultativos, que permiten á los alumnos prepararse mejor para la carrera escogida.—En resumen: la escuela técnica alemana tiene por objeto abrir á los alumnos del liceo un ingreso rápido en las carreras prácticas y llevar á la industria jóvenes provistos de sólida instrucción. Es por excelencia el instrumento de difusión y descentralización de los estudios técnicos; su enseñanza, más al alcance del público que la de las grandes escuelas, hace penetrar en todos los centros industriales el conocimiento de los métodos científicos y de los procedimientos racionales de explotación.

*La cultura literaria en la enseñanza científica*, por Olivier Billaz.—Á la larga querrela de los clásicos y los modernos, amenaza suceder otra entre los literarios y los científicos: M. Fouillée ha dado en el *Temps* del 17 de Marzo la voz de alarma. En efecto, la enseñanza moderna acaba de obtener la igualdad de sanción que reclamaba; pero se muere de su victoria; parece que tiende á ser reemplazada por una enseñanza puramente científica y práctica en que la cultura literaria se reducirá al *mínimum*, por no

(1) Siempre los malhadados exámenes y oposiciones.—*N. de la R.*

(2) No parece ciertamente un imposible: con clasificar á los aspirantes por sus trabajos de carrera, se les evitaría este agotamiento y esta desmoralización.—*N. de la R.*

decir á cero.—Para dar, por otra parte, la cultura literaria moderna, no creemos que puedan aprovecharse los antiguos métodos y ejercicios usados para la enseñanza clásica; métodos y ejercicios tomados de la retórica clásica, que suponía fuertes estudios anteriores del griego y del latín y que se proponían un ideal tradicional: formar el gusto y el estilo. Nosotros no queremos formar escritores, retóricos, diletantes, ni espíritus refinados de la forma literaria; nuestro fin es otro. Demos de mano á las narraciones, descripciones, discursos y ensayos de crítica literaria, á toda esa gimnasia vana, donde se trata de aprender á disfrazarse bajo una forma artificial, vacía en absoluto de fondo. No nos debemos esforzar en dar un estilo á los alumnos, que, ni saben, ni pueden todavía sentir fuertemente y pensar de un modo original. Limitémonos á enseñarles, *primero, á sentir; más tarde, á pensar*. En cuanto al método que para ello debe emplearse, dice, debemos conformarnos con la naturaleza, si queremos que la educación obre sobre el niño. Sepamos excitar sus facultades, unas por otras, de manera que sean ellas mismas, en su juego espontáneo de reacción recíproca, nuestras mejores colaboradoras. Sigamos el orden de la evolución literaria de la humanidad; y no incurramos en la aberración de obligarles á trabajar desde el principio en las clases de gramática. Nada de cursos de dictado. Un alma ardiente de profesor, excitando á la vida intelectual las almas de los que escuchan y á quienes sabe tener atentos. Una especie de conversación variada, adaptada á la edad de los niños, á la vez muy viva y muy simple, cortada por preguntas, discusiones y lecturas. Nada de trabajos escritos; ó muy poco y jamás artificiosos. Por esta educación literaria, fundada en las leyes de la evolución natural, en el poder excitador de la palabra y en el juego espontáneo de las facultades humanas, el niño marcharía, del amor, á la inteligencia y de la inteligencia á la voluntad. Aconseja, en resumen, la vuelta á la naturaleza y el abandono de los hábitos artificiales.—D. BARNÉS.

**Revue Pédagogique.—Paris.**

MAYO

*Filosofía social y pedagogía*, por C. Bouglé.—La escuela no debe atender exclusivamente á la instrucción personal, literaria y científica de los que la frecuentan; los alumnos son los futuros miembros activos, de un organismo; es preciso, pues, que vayan adquiriendo conciencia de una solidaridad social de donde han de tomar estímulos enérgicos para el cumplimiento de sus deberes para con la comunidad. La filosofía social debe ser, pues, tenida en cuenta, y puede prestar inmejorables servicios, bien por sí misma, bien como un excelente auxiliar de la educación, facilitando material «práctico» para la enseñanza de nuestra civilización y de las ajenas, sin las cuales es imposible comprender bien aquella. El razonamiento puro que se dirige al entendimiento del niño, frecuentemente traspasa los límites del desarrollo de esta facultad, la simple «homilia», con la cual se pretende interesar su corazón, no siempre le afecta; en cambio, los ejemplos concretos, la exposición de la realidad social donde ha de moverse á obrar, contribuye eficazmente á que nazca en su espíritu el concepto de sus deberes concretos y apremiantes.

*La organización de la instrucción popular en el cantón de Zurich*, por Fr. Zollinger.—Según el censo de 1900, la población del cantón es de 430.356 almas; la superficie, de 17.200 hectáreas. Rigen en materia de enseñanza las leyes de 28 de Setiembre de 1832, 23 de Diciembre de 1859 y 11 de Junio de 1899, con los reglamentos de 7 de Abril y 4 de Octubre de 1900. La enseñanza se declaró obligatoria en 1832, y gratuita en 1859, comprendiendo en la gratuidad, en 1899, los libros y demás objetos que el alumno necesita. Esta última ley prohibió además, que las escuelas públicas tuvieran carácter confesional, aun cuando entonces no existía ya más que una de esta clase, y con carácter mixto.—La enseñanza primaria consta de dos períodos: elemental y secundario. Para ingresar en la primera, se requiere la edad de seis años cumplidos; dura ocho años, dividiéndose en igual número

de clases. La secundaria coincide con el 7.º y 8.º año de la primaria, y tiene por objeto, según los términos de la ley de 1859, «consolidar y desarrollar los conocimientos adquiridos en la escuela primaria, facilitando con esto el ingreso en los establecimientos superiores de instrucción».—Los caracteres distintivos de la enseñanza primaria (elemental y superior) son los siguientes: Es verdaderamente *popular*; á ella acuden pobres y ricos (1); á las escuelas privadas, no asiste más que el 2 por 100 de la población escolar (1.200, de 60.000 alumnos), y lo hacen, no por prejuicios sociales de casta, sino por procurar á los niños una determinada enseñanza religiosa. El segundo rasgo distintivo de esta enseñanza es la *coeducación*, que sigue hasta el grado superior de la primaria, ó sea hasta los quince años; esta instrucción común da excelentes resultados, y no produce perturbación alguna en la enseñanza, si bien se tropieza á veces con dificultades para establecer un plan de estudios común á los dos sexos; aún hay clases especiales para las niñas: las de labores.—El año escolar comienza en 1.º de Marzo y concluye á mediados de Abril, después de exámenes públicos. Antes de abrirse el curso, el funcionario encargado del Registro civil entrega á la Comisión escolar una lista de los muchachos que han cumplido la edad requerida por ley, lista que contiene el nombre, la fecha y lugar del nacimiento y el domicilio de los padres. La Comisión escolar debe disponer que un médico reconozca á los niños durante el primer año.—Este reconocimiento tiene por principal objeto poner de manifiesto las enfermedades que, como as de la vista, mentales, oído, etc., puedan dar lugar, bien á la exención por un tiempo indefinido del deber escolar, bien á que se tomen medidas especiales en las clases comunes á que asistan, como ocurre con los sordos, delicados de la vista, etc. Las vacaciones duran nueve semanas, cuya distribución durante el año escolar es asunto de la competencia de la autoridad escolar local,

(1) Recuérdese lo dicho en el artículo publicado sobre este mismo asunto en el número 509 de este BOLETÍN.—*N. de la R.*

para que se puedan tener en cuenta las circunstancias de cada pueblo. En la ciudad de Zurich es la siguiente: cuatro semanas, de mediados de Julio á mediados de Agosto (vacación de estío); dos semanas, en la primera quincena de Octubre (vacación de otoño); una semana, en Pascua de Navidad y el resto en Abril. Las horas de clase semanales son las siguientes:

a) Escuela primaria.

1.ª clase (1.º año).—De quince á veinte horas.

2.ª clase (2.º).—De diez y ocho á veintidós horas.

3.ª clase (3.º).—De veinte á veinticuatro horas.

4.ª, 5.ª y 6.ª clase (4.º, 5.º y 6.º).—De veinticuatro á treinta.

7.ª y 8.ª (7.º y 8.º).—De veintisiete á treinta y tres.

b) Escuela superior.—Treinta y cuatro horas.

Están comprendidas en éstas, dos horas de gimnasia.

En la escuela primaria, se enseñan las materias siguientes: historia sagrada y moral, alemán, cálculo y geometría, historia natural, geografía é historia, especialmente de Suiza, escritura, dibujo y canto, gimnasia, trabajo manual (domésticos para las niñas).—En la secundaria: historia sagrada y moral, alemán y francés, aritmética, elementos de contabilidad y teneduría de libros, geometría, agrimensura y dibujo, historia y geografía, caligrafía, dibujo y canto, gimnasia, trabajo manual (gobierno de la casa para las niñas). En la enseñanza secundaria es obligatorio el francés, y facultativos el italiano y el inglés en la 3.ª clase. La historia sagrada y la moral las enseña el maestro, sin darles carácter confesional, simplemente como enseñanza moral, en las seis primeras clases (años); en las 7.ª y 8.ª las explica un eclesiástico, y la asistencia es facultativa. El número de alumnos, en las seis primeras clases, no puede exceder de 70, ni de 35 en las secundarias y en la 7.ª y 8.ª de la primaria.—Las disposiciones siguientes obedecen á fines higiénicos: 1.º Jamás debentener más de tres horas de clase cada mitad del día, los alumnos, los tres primeros años, ni más de cuatro

los de los últimos, sin contar la gimnasia en estos últimos (7.º y 8.º), y en la escuela secundaria. A toda clase debe seguir un descanso mayor ó menor, según la intensidad del trabajo de aquélla. 2.º Deben disponerse las materias de tal suerte, que á aquellas que exigen una atención grande, sigan otras en que el esfuerzo sea menor. 3.º Cuando el día sea brumoso y oscuro, deben suprimirse los trabajos que fatiguen la vista. 4.º Deben intercalarse, si es posible, entre las demás clases, los ejercicios de gimnasia. 5.º Cuando lean ó escriban los alumnos, cuídese mucho de que tengan el tronco derecho; la vista debe mantenerse á 30 centímetros, lo menos, de distancia del cuaderno ó del libro. 6.º Las mesas hay que pintarlas de negro mate. 7.º Lo más tarde, desde el segundo año, deben emplearse tinta y plumas. 8.º Las clases de labores de las niñas, el dibujo y la escritura deben darse en las horas de mayor luz. 9.º Las Comisiones escolares deben procurar que, en lo posible, continúe, fuera de la escuela, la educación física de los alumnos, mediante juegos al aire libre, paseos, ejercicios de natación, etc. 10. Se prohíbe en absoluto los trabajos fuera de clase para los alumnos de los tres primeros años, y deben encargarse lo menos posible para los de las restantes; nunca de la mañana para la tarde, ni del sábado ó víspera de fiesta para el día de trabajo inmediato. Las Comisiones escolares cuidarán de evitar que, cuando hay varios profesores en un curso, recarguen de trabajo á los muchachos. 11. Las autoridades escolares deben cuidar también de que no se les recargue de trabajo en sus casas ó fuera de ellas, ni se les abandone; si no bastan á evitarlo los avisos privados, se recurre á la autoridad pupilar (funcionario sin equivalente en la legislación civil española), en la forma prescrita en el Código civil.—De vigilar la asistencia escolar, están encargadas las autoridades de esta clase, las cuales pueden imponer multas hasta un máximum de 15 francos, si la falta fuere de los padres; pero cuidando, antes de imponerla, de informarse acerca de los medios de fortuna de éstos. Si la falta fuese imputable al muchacho, se castigará á éste según las facultades otorgadas á los maestros, los cuales

pueden imponer á los alumnos correcciones varias, así como también la Comisión escolar. Si el alumno pareciese perverso, puede la Comisión internarlo en una casa de corrección, ó confiarlo á una familia adecuada, cuyos gastos sufragarán los padres del mismo alumno en su caso el Estado, sin perjuicio de reembolso por el Municipio interesado. Cuando la corrección aludida anteriormente fuese la de permanecer más tiempo en clase, el maestro debe estar presente (1), y nunca debe imponer al alumno como castigo copias repetidas.—Con arreglo á un plan que comprende todos los grados de la enseñanza, el Consejo de educación forma la lista de los libros y objetos necesarios para la enseñanza intuitiva, y al mismo tiempo determina los que han de tener carácter individual y aquellos otros que deben ser de uso común y obligatorio. Los Municipios compran éstos y los distribuyen gratuitamente á los alumnos, los cuales deben cuidarlos con esmero y reponer á su costa los deterioros que causen en ellos, devolviéndolos al terminar la enseñanza ó al pasar de una clase á otra. De la observancia de esta disposición están encargados los maestros. La Comisión escolar suele disponer que se entregue á los alumnos gratuitamente, ó á bajo precio, aquellos libros ú objetos que puedan serles útiles más tarde. Son propiedad de la escuela: 1.º En la escuela primaria y secundaria: los objetos costosos para el dibujo y los accesorios corrientes, como cajas de compases, muestras, reglas, escuadras, etc. 2.º En las clases de labores: las agujas de hacer encaje y de coser, tijeras, metros, accesorios, etc.; también puede la misma autoridad disponer que, luego de usarlos, se queden con ellos los alumnos por una pequeña cantidad.—En este lugar; trata el autor de las condiciones que deben reunir las construcciones escolares (escuelas y casas para los maestros. Los planos se forman por orden del Municipio, pero necesitan la aprobación de la Comisión escolar local y del distrito; además, hay que someterlos á la autoridad sanitaria. El terreno elegido

(1) Castigo á la vez para el maestro.  
la R.

para la construcción debe ser seco y abierto, estar lejos de establecimientos ó fábricas que puedan viciar el aire ó perjudicar la salud en cualquiera otra forma; contiguo á ella. debe procurarse un lugar de suelo compacto y seco, cuya capacidad sea de ocho metros cuadrados por alumno para que den lección de gimnasia. Si no hay en el edificio fuente de agua potable, debe construirse lo más cerca posible de la escuela. En ésta, habrá los siguientes locales: una clase por cada sección, otra para labores, una sala de colecciones (sobre todo, en las escuelas secundarias), un gimnasio, un guardarropa, y, siempre que se pueda, baños y piscinas. La superficie de cada sala debe ser, por lo menos, de un metro cuadrado por alumno (1), y la altura no inferior á 3,50. Debe procurarse que las luces las tome del Este ó del Sudeste (2); si el edificio es aislado y si las luces son de un solo lado, los huecos deben estar en relación con la superficie total, en la proporción de 1 á 5; proporción que hay que aumentar, si las habitaciones tienen mucho fondo, ó hay casas ó arbolado á corta distancia. La luz no debe herir de frente, y para evitar su exceso, las ventanas deben tener cortinas ó persianas (3). Se recomiendan los bancos de dos asientos, y, á ser posible, móviles, así como el pupitre, que debe tener un largo de 36 á 44 centímetros y 0,50 el asiento por alumno. En las escuelas primarias, debe haber, por lo menos, cuatro tamaños diferentes de bancos y tres en las escuelas secundarias, colocados de tal suerte, que la luz se reciba del lado izquierdo. La clase se adornará con las suficientes láminas murales, y en todas ellas debe haber por lo menos un armario grande y una mesa con cajones que tengan cerradura. También habrá un termómetro, papelería, escupidor (4), y, á falta de agua, una regadera y un lavabo. Debe desterrarse todo sistema de calefacción, como estufa, etc., que produzca gases, y elegirse uno

que sirva al mismo tiempo para la ventilación del local. Las clases no deben utilizarse para otros usos, cuando con ellos se perjudique la enseñanza; en los demás casos, y oyendo siempre al maestro, las Comisiones escolares pueden conceder permiso, teniendo siempre cuidado de que luego se limpien y ventilen suficientemente.—Los municipios deben facilitar asimismo habitación al maestro.—El Estado contribuye en una gran parte, tanto al pago de los maestros, retiros, viudedades, etc., como á la construcción de edificios escolares, material, etc.—Los maestros y maestras reciben juntos la educación profesional en la escuela normal (*Seminar*), de Kusnacht, establecimiento del Estado (cantonal). En Zurich hay además una escuela normal para institutrices y una normal privada para maestros que pertenecen á la confesión evangélica. Los alumnos de la escuela normal permanecen en ella seis años, cuatro años después de cursar los de la enseñanza primaria ó los tres de la secundaria. Al concluir el segundo año, sufren un examen preliminar, y el principal ó definitivo al finalizar el cuarto; después de éste, se les expide el título, pero no pueden ejercer, sin haber permanecido dos años en una escuela. El maestro es elegido por sufragio de los electores del Municipio. Sueldos: el mínimo de los de enseñanza primaria son 1.200 francos, y 1.800 los de la secundaria. Se les da también casa, leña y un huerto, ó bien una indemnización equivalente. Tienen, además, derecho, después de cinco años de servicios, á un sobresueldo de 100 francos, sobresueldo que al cabo de los veinte años puede llegar á 1.000 francos. Casi todos los Municipios dan á los maestros subvenciones; algunas de ellas son á veces de 1.000 francos. En la ciudad de Zurich, lo que en junto vienen á recibir, según los años de servicio, oscila entre 2.800 y 3.800 francos, los maestros, y 2.600 y 3.000 las maestras en instrucción primaria; 3.400 y 4.400 las maestras secundarias, incluyéndolas subvenciones por casa, etc. Al jubilarse por edad ó por motivos, y cumplidos treinta años de servicios, el maestro tiene derecho en Zurich á una pensión, la mitad, por lo menos, del sueldo último, aunque, sin embargo, no

(1) Es muy poco: generalmente se exigen de 1,50 á 3 m<sup>2</sup>.—*N. de la R.*

(2) La mejor luz y la más igual es la del N.; cuando hay que escribir mucho, sobre todo.—*Nota de la R.*

(3) Debe entrar siempre por la izquierda (como luego dice) y no haber nunca persianas.—*N. de la R.*

(4) No se debe escupir.—*N. de la R.*

puede exceder de 2.500 francos. Tienen también una Caja para pensiones de viudas y huérfanos (á la cual tienen la obligación de abonar anualmente 100 francos, á los que une el Estado otros 24 por cada maestro), que paga á las viudas pensiones de 400 francos.—Hay actualmente en el Cantón de Zurich 353 escuelas primarias y 96 secundarias; 983 maestros de primera enseñanza (849 varones y 134 hembras); 248 de enseñanza secundaria y 475 maestras de labores. A aquéllas, las primarias, acuden 50.714 alumnos (24.773 niños y 25.941 niñas), y á las secundarias 7.509 (4.327 muchachos y 3.182 muchachas). El Estado pagó por estas atenciones, en 1900, 2.700.000 francos y 7.000.000 los Municipios, comprendiendo esta última cantidad una parte de las subvenciones del Estado. El costo de los edificios escolares construídos en los años 1894 á 1900 se elevó á 11.084.608, á que contribuyó el Estado con el 21,1 por 100, ó sea con 2.644.294 francos. El promedio de gastos que ocasiona cada alumno puede calcularse de 130 á 150 francos, ó sea unos 20 francos por habitante.

*Certificado de aptitud para la enseñanza de lenguas vivas*, por G. Jost.

*El Congreso de Mons* (de maestros belgas), por Lefèvre.

*Sobre el contra-seguro universitario*, por P. Beurdeley.

*Revista extranjera.—I.a enseñanza en las islas Hawai.*—Es muy instructiva, y de ella pueden deducirse muchas enseñanzas, asombrando la difusión de la instrucción que han obtenido los americanos en los ochenta años que llevan ejerciendo su influjo más ó menos encubierto en este país. En 1896, según el censo, el 84 por 100 de sus habitantes indígenas puros y el 91 de los mestizos sabían leer y escribir la lengua indígena, y el 25 por 100 de los primeros y el 75 por 100 de los segundos escribían y hablaban correctamente el inglés. El 7,50 por 100 del presupuesto de gastos se consumía en atenciones de enseñanza: es decir, una parte proporcional algo mayor que lo que se destina en el presupuesto francés á este objeto.  
J. M. NAVARRO DE PALENCIA.

## SUMARIOS DE REVISTAS PEDAGÓGICAS

**Die Deutsche Schule.**

(*La escuela alemana.—Berlín.*)

JUNIO

Algunas palabras sobre la importancia y la historia de la pedagogía de Fröbel (*Steglich*).—El valor del sentimiento en la vida humana (*Schulze*).—El idealismo, como base del método de Pestalozzi (*Natorp*).—La actividad personal en la enseñanza primaria del canto (*Zimmer*).—Crónica.—Opiniones y comunicaciones: La pedagogía de Federico Fröbel.—Los nuevos métodos de los Seminarios prusianos, ante el tribunal de la pedagogía de Herbart y Ziller.—Personal.—Noticias.—Bibliografía: Pedagogía (*Rühlmann, Janke*).—Geografía (*Hustedt*).—Noticias bibliográficas.—Publicaciones recibidas.

**Monatschrift für das Turnwesen.**

(*Revista mensual de gimnasia.—Berlín.*)

JULIO

¿Cuáles son los fundamentos de un método para la enseñanza de la gimnasia? (*Schirrmann*).—Sobre la práctica: ejercicios reglamentados y libres para una clase secundaria de muchachas (tercer curso de gimnasia) (*Zettler*).—Una perturbación frecuente (*Schröer*).—Un paseo gimnástico á Stutzfurt (*Kalb*).—Las lecciones de gimnasia intermedia, ante la nueva crítica científica (*Schöer*).—La teoría del cuerpo humano para la enseñanza de los maestros de gimnasia que comienzan.—Convocatoria para el examen de maestras de gimnasia en Berlín, en otoño de 1902.—«Método de enseñanza de la gimnasia», por Moritz Zettler, Berlín, 1902 (crítica de *Schröer*).—Asociación de maestros de gimnasia alemanes.—Asociación de maestros de gimnasia provinciales de Pomerania (preparación de maestros de gimnasia é inspección).—Ulm: Informe sobre la 32.<sup>a</sup> asamblea anual de la Asociación de Wurtemberg.—Del informe anual de la Asociación de Dresde.—Informe sobre los trabajos de la Asociación nacional de maestros de gimnasia en el Gran Ducado de Hesse.—Crónica: Á la memoria de Guts Muths.—Disposiciones oficiales y su cumplimiento.—Medida de la fatiga.—Un ejercicio brillante de marcha.—Sobre el método de enseñanza de la gimnasia en las escuelas superiores.—El terrible aumento de la miopía.—Los maestros de gimnasia y la prensa pedagógica.—Sobre la dietética de los ejercicios corporales.—Otra opinión

médica sobre la gimnasia y el deporte.—El biceps braquial.—Horario de los establecimientos superiores de enseñanza de Berlín.—El lado sano de la profesión de maestro de gimnasia.—El recargo de trabajo en la juventud.—La capacidad de los maestros de gimnasia daneses.—«El deporte alemán».—Contra los deportes.—El magisterio de Berlín, en pro de los cuidados corporales, cada vez más importantes.—Actividad.—El Consejo de gimnasia de Berlín.—La enseñanza de la gimnasia en Düsseldorf.—El gimnasio de la Universidad de Göttinga.—Algunos gimnasios en Essen.—El monumento á Jahn en Zobtengau.—La gimnasia alemana en América.—Revistas.

—  
**Neue Bahnen.**

(Nuevos caminos.—Wiesbaden.)

JUNIO

Federico Nietzsche, como pedagogo (Heine).—Las nuevas reformas en la enseñanza de la lengua alemana, y especialmente en la enseñanza de la gramática alemana, en la escuela primaria (Rasche).—La «nueva» ortografía alemana (Lang).—La evolución de las ciencias naturales en el siglo XIX.—Corrientes en la organización escolar alemana.—La filosofía de lo inconsciente y del pesimismo.—Comunicaciones.—Noticias.—Informe bibliográfico sobre publicaciones de física.—Consejos para el estudio de la literatura y de su historia.—Noticias bibliográficas.—Para las bibliotecas de los maestros.—Para las bibliotecas populares.—Medios de enseñar la física.—Libros y revistas.

—  
**School and Home Education.**

(La educación en la escuela y en la casa.—Bloomington.)

JUNIO

Analogías biológicas (W. T. Harris).—El hábito de escribir y la redacción de cartas (C. Dye).—La individualidad en la escuela y en la casa (G. Garrigues).—El maestro y el niño (A. Wray).—Lolami de Tusayan (C. K. Bayliss).—Sección de la escuela y de la casa.—Notas del editor.—Miscelánea.

—  
**The elementary School Teacher and Course of Study.**

(El maestro y el plan de estudios de la escuela elemental.—Chicago.)

JUNIO

Número dedicado á la memoria del coronel F. W. Parker, último director de la Es-

cuela de educación de la Universidad de Chicago.

Discursos pronunciados en los funerales celebrados en la Universidad, el 6 de Marzo de 1902, por el presidente W. R. Harper, A. G. Lané, el Dr. J. Dewey y el Dr. E. G. Hirsch.—Cartas y telegramas de amigos.—Discursos pronunciados en los ejercicios de la Escuela normal de Chicago, el 5 de Marzo de 1902, por O. T. Bright, el Dr. A. H. Champlin y K. S. Kellog.—Discursos pronunciados en los ejercicios conmemorativos celebrados por los maestros de Chicago y del condado de Cook, el 19 de Abril de 1902, por O. T. Bright, H. Bevaus y el obispo J. L. Spalding.—Francisco Wayland Parker: Un recuerdo (W. S. Jackmann).—Informe de la obra llevada á cabo por la Escuela normal del condado de Cook y de Chicago, desde 1883 hasta 1899 (F. W. Parker).—La facultad.—La escuela de prácticas.—La disciplina.—El jardín de la infancia.—La educación manual.—El estudio de la naturaleza.—La geografía.—La concentración y la correlación.—El lenguaje.—El estudio del niño.

—  
**The Paidologist.**

(El paidologista.—Cheltenham.)

JULIO

Editorial.—Discurso presidencial (extracto) (Rev. W. J. Adams).—El estudio del niño y la fisiología (prof. Sherrington).—La prudencia en el estudio del niño (M. R. Walker).—La filosofía del juego (H. Holman).—Apuntes del cuaderno de un padre (R. E. Marsden).—Algunas ideas sobre la imitación.—Necrología.—Correspondencia.—Biblioteca.—Informe sobre la quinta conferencia anual.—Informes de las diversas secciones.

—  
**The School Review.**

(La Revista escolar.—Chicago.)

JUNIO

Conceptos de examen en el estudio sintáxico (W. G. Hale).—La diagnosis educativa (W. J. Crane).—Relación del temperamento con la época de retirar al niño de la escuela (S. D. Brooks).—Cambios recientes en el plan de estudios del gimnasio prusiano (H. A. Sanders).—El uso del material literario para la enseñanza de la composición (B. R. Hooker).—Diagramas automáticos en geometría (A. L. Baker).—Revistas.—Noticias.

CECE A LA BIBLIOTECA DEL  
DEPARTAMENTO DE ENSEÑANZA



**Zeitschrift für pädagogische Psychologie,  
Pathologie und Hygiene.**

(Revista de psicología, patología é higiene  
pedagógicas.—Berlín.)

JUNIO

La evolución de la psicología pedagógica en el siglo XIX (*Kempsies*).—Experimentos sobre la enseñanza de los gimnasios para mujeres, como contribución al problema de la común educación en las familias (*Wegscheider-Ziegler*).—Algunas palabras sobre la educación común en las familias (*Löschhorn*).—El influjo de la vida de las grandes ciudades y del comercio social en el sistema nervioso (*Moll*).—Asociación de psicología infantil de Berlín.—Sociedad psicológica de Berlín.—Los torpes en las escuelas superiores (*Beuda*).—Los bancos escolares modernos (*Müller*).—La psicología de la voluntad (*Turkheim*).—La enseñanza de la religión en la educación (*Butler*).—La psychologie dans ses rapports avec la médecine (*Claparède*).—Principios y problemas para la enseñanza elemental del dibujo (*Cornelius*).—La escuela alemana.—El nuevo plan de enseñanza para las escuelas comunes de Berlín.—Biblioteca paido-psicológica.

ENCICLOPEDIA

**EN LA CARTUJA DEL PAULAR**

por D. Constancio Bernaldo de Quirós.

A los tres Enriques (García Herreros, Vega, Mesa)  
y á Luis Gorostizaga, recuerdo del viaje.

Sábado 6 de Setiembre de 1902.

En Villalba, donde descendimos del tren, acordamos marchar hacia Navacerrada.

Éramos cinco, cinco buenos amigos que miramos la sierra tendida ante nosotros con ansia de encontrarnos en sus cumbres.

Al emprender la marcha, la tarde empezaba á declinar. Veíamos ganados que se retiraban á poblado. Encaramada en una cerca, valientemente afirmada sobre sus cuatro patas, vimos una cabra, cuya silueta negra resaltaba en el azul del cielo. Parecía una estatua finamente modelada.

Llamónos luego la atención una casa, re-fugio de caminantes, situada á la izquierda del camino. El suelo estaba cubierto de estiércol; de humo el techo y las paredes. En un ángulo vimos esta leyenda: ¡Vivan mis manos!

Después, una cruz de piedra erigida en el lugar de un siniestro: *Aquí falleció D. Daniel Portillo en 9 de Noviembre de 1885*, decía la inscripción. Tomamos cada uno un canto del camino, y dejándolos sobre los brazos de la cruz, seguimos adelante.

La luz huía robando á los objetos, primero el color, después la forma. Despojados de ella, las cosas adquirirían en la oscuridad, que avanzaba un carácter indeciso, desconocido... Comenzaba la vida encantada de la Naturaleza.

A nuestra espalda, el sol iba muriendo. La línea del horizonte se teñía de un tono carminoso de sangre pura y joven, intensísimo al principio; luego, desvaneciéndose, hasta llegar á ser imperceptible y transformarse en un pálido azulado. Conforme ascendía hacia el zénit, este azul ganaba en coloración por momentos y en el zénit mismo era todavía intenso y brillante; pero luego al caer nuevamente se degradaba y hacia el Naciente adquiría frios tonos pizarrosos y violados.

En una de estas manchas de violeta comenzó á temblar la luz blanquísima de Júpiter.

La fauna que canta por el día se había retirado, sin que la reemplazara aún la que turna por la noche. Había instantes de silencio universal. Una vez le interrumpió, allá abajo, á la izquierda, una locomotora con la ansiosa respiración que le cuesta arrastrar el tren que sube. Otra vez fué un potro que pasó á nuestro lado galopando y relinchaba estremeciéndose, llamando á la yegua como si se hallara extraviado.

Poco á poco íbamos penetrando en gargantas más tenebrosas cada vez. Un anfiteatro de montañas aparecía delante de nosotros. En lo alto de un pico brillaba lumbre.

A la derecha dejamos el pueblo de Becerril, á punto de tomarle por Navacerrada.

Rasgó de repente la oscuridad de la noche la curva iluminada de un cohete. Luego otro, y más, y más, en intervalos regulares.

Un peón caminero, á quien preguntamos, díjonos que en el vedado de caza festejaban con fuegos de artificio un nacimiento.

Fué un espectáculo curioso asistir á la función desde lejos. Una rueda roja giraba

rápida y silenciosa. Pero allá abajo detonaría alegremente, saludada y aclamada por la gente del campo, como la hoguera fantástica de las noches de San Juan, antiquísimo culto del fuego que calienta é ilumina nuestra vida.

La rueda se extinguía. Al apagarse, tuvimos un instante delante de los ojos el espectro verde de su figura.

Pocos minutos después, sin que nada anunciara la proximidad de un pueblo—ni una luz ni un ruido,—entrábamos en Navacerrada y nos poníamos á buscar cama y cena.

#### *Domingo, 7.*

Navacerrada es un pueblo pobre, poco hospitalario. Tal vez no hay en España casa consistorial más miserable que la suya. Es una especie de pajar decrepito, encorvado, con un cobertizo sostenido por postes gastados y semipodridos. A diferencia de otros pueblos, la Iglesia en lugar de hallarse en el centro, está alejada en uno de los extremos. Otra de las cosas curiosas de Navacerrada es el tendero de una tienda enciclopédica, en quien hallamos personificado el tipo de Sansón Carrasco. Los tratos con este hombre se hacen interminables ¡tanto prodiga su rústica, pesadísima malicia!

Un perro de ganado, negro con cabos blancos, nos guió á la carretera, comprendiendo que andábamos buscándola. Premio de su servicio fueron unos mendrugos de pan, que devoró gradecido. Unióse á nosotros y todo el día fué nuestro buen compañero.

Al cuarto de hora de ganar la carretera, cerca de las ocho de la mañana, dábamos vista á Cercedilla, tendida á nuestros pies, pequeña, limpia, brillante como un pueblo de muñecas recién salido de la fábrica.

Los techos de pizarra del Monasterio del Escorial, relucían también en último término.

La carretera, tallada en el monte, como una cornisa, tiene en este trayecto una gran belleza. Entre pinos esbeltos y robustos, el «dron sin fin» (1) va pasando fresco y miste-

(1) Este es el nombre, derivado del griego, que dan á la carretera los vagabundos.

rioso, rayado de luz y sombra, mientras á la izquierda se desenvuelve el cuadro de los montes que, cubiertos de espesos pinares, parecen vestir suntuosos mantos de terciopelo verde oscuro, ondulando en grandes pliegues hasta lo hondo del valle.

Llegase así, en cosa de tres horas, al puerto de Navacerrada. Desde allí, frente por frente, se divisa la tierra pajiza de Castilla, llana y austera como el carácter de los que en ella nacen. Segovia estaba tendida en primer término; su catedral parecía un dado blanco ligeramente brillante.

Hay en el puerto una casa abierta, combatida incesantemente por el viento que se precipita impetuoso por aquel paso. La idea de la gente vagabunda va asociada á estos lugares de refugio. Tal vez allí se había visto un cuadro extraño, parodia grotesca y vil, pero así y todo, compasiva: la familia errante, medio aterida, contemplando un recién-nacido, echado entre un oso viejo gruñón y un mono cinocéfalo, malicioso y curiosísimo.

En el alto debíamos dejar la carretera y buscar el camino que, según nos habían dicho, conduce hasta el puerto del Paular.

Reposamos un instante junto á una fuente.

Una hermosísima ave de rapiña pasó por encima de nosotros. De un solo impulso de sus grandes alas pardas perdióse á nuestra vista tras los montes.

Buscando el camino, equivocados, bajamos al fondo de la garganta resbalando por canchales movedizos, depósitos de fragmentos de roca desprendidos de las montañas y arrastrados por la nieve. Era un espectáculo de ruina y desastre el de aquellas piedras amontonadas en un cono de escombros, cubiertas en su cara superior de líquenes verdosos.

Sabido es cómo sucede esto. En pleno sol, desprendida de las nubes, una gotita de agua, se desliza por alguna de las innumerables hendiduras que ofrece la roca; á la caída de la tarde cristaliza, y desde entonces la gigante montaña está perdida. La cumbre comienza á degradarse, trabajada por el hielo; se deshace.

Hallamos en el fondo de la garganta un fresquísimo arroyo. La mano no podía resis-

tir un sólo minuto sumergida en aquel agua, sin sentir la sensación de la quemadura. Verla correr tan trasparente era una delicia del alma. Tan pura era, que recogida en un vaso, luego que dejaba de oscilar, dejaba también de verse. Crecían en las orillas helechos y ortigas, y bajo ellas, como en un bosque diminuto, se agitaba la vida de los insectos. Ellos estaban allí, como nosotros bajo los pinos. Un coleóptero elegantísimo, con su frac rojo sectipuntado, ajustado sobre el cuerpo de velludo, ascendía por un tallo sutil, á cuyo fin se abría una humilde florecita violada, con corola de cinco pétalos.

Comimos y descansamos allí, siempre en compañía de nuestro buen perro. El pobre estaba herido en el cuello y en el pecho; pero brillaban en sus ojos la simpatía y el contento.

Pronto dejamos el arroyo y ascendimos buscando las cumbres de la cordillera.

Un pastor nos señaló el camino. Hacía calceta mientras apacentaba su ganado, y no dejó de chocarle que «navegásemos»—según decía—por aquellas tierras. Su cara era inmóvil, fija, no más rica en expresión que la de sus mastines. La soledad habíala petrificado.

Y en verdad, al pasar el alto, sugerido sin duda por la palabra del pastor, veíase en el paisaje un nuevo aspecto. Parecían los montes olas petrificadas. Tal vez en una impresión como ésta se funda la hipótesis lanzada por algún sabio soñador, que explica la formación de las cordilleras de un modo análogo al de las mareas. La atracción del sol y de la luna, no contenta con levantar las olas del mar dos veces al día, habría hecho que la tierra se hinchara también y levantara olas sólidas hasta la región de las nieves.

Seguíamos guiándonos por las cumbres. Llegamos á una, enteramente pelada. El paisaje tenía un aire de desolación sorprendente. Semejaba un desierto. Las raíces y ramas secas de las matas rastreras de sabina destruidas por el hielo ó por el fuego, parecían en el color y la forma osamentas dejadas á lo largo del camino por una caravana desgraciada.

El cielo se nublaba hacia el Oeste, tomando lívidas coloraciones. Algunos picos

estaban cubiertos por las nubes. Poco á poco, una columna de éstas empezó á moverse. Apretada y densa al principio, luego se hizo más tenue y vaporosa, como el ropaje de una Victoria alada. Resbalaba por la pendiente de la montaña con una gracia noble y serena, incomparable. Se diría que iba impulsada por un sér de pies ligeros. Recordábase al verla la frase de Federico Nietzsche, «Todo lo que es bueno es ligero; todo lo que es divino anda sobre pies pequeños»

Dos grandes aves rapaces, suspendidas á una altura prodigiosa, se entregaban al placer triunfante de volar, que debía embriagarlas de alegría. Trazaban en el cielo espirales, que dilataban ó estrechaban alternativamente. De improviso, una desapareció, precipitándose en las sombrías desgarraduras de la nube.

Nuevamente emprendimos la marcha, llena la cabeza de pensamientos sugeridos por la grandeza de aquel espectáculo inefable.

Habíamos reabsorbido la Naturaleza y comprendíamos bien que tanto vale ser piedra, nube, águila ú hombre.

Pasábamos á las cinco el puerto del Paular, marcado por los postes de piedra.

Poco después, un segundo pastor nos señalaba el camino nuevamente. También hacía calceta y tenía las manos teñidas del azul del hielo. Guardaba un innumeroso rebaño. Pastaban allí también, más alejadas, distintas cabezas de ganado mayor.

Las vacas y los toros tienen en el campo un aspecto grave y digno. Algunas reses dormitaban, descansando en la tierra sus grandes torsos lucientes. Otras andaban con paso tardo, balanceando con aire cansado el pesado bloque de sus cabezas.

Otra es la actitud de las yeguas y caballos. Después de un corto trotecillo, una se tiró en tierra, revolviéndose en la pradera. Un instante después, llegaba hasta nosotros un relincho de alegría.

Pronto encontramos el camino carretero que, según nos dijo el pastor, había de llevarnos al Monasterio en obra de una hora.

La tarde terminaba. El tiempo estaba tempestuoso. De vez en cuando, caían algunas gotas. El trueno resonaba á lo lejos. Relampagueaba.

Seguíamos adelante por un pinar espeso. Un hermoso árbol seco, blanco, con las ramas retorcidas como los brazos de un ángel caído, debía haber sido herido por el rayo.

La noche había cerrado y, engañados por las palabras del pastor, nos creíamos extraviados.

Reconocimos algunas sendas, que arrancaban del camino, volviendo siempre á éste, y marchando adelante. Gritamos ante un cercado donde ladraban unos perros rabiosamente. Sólo nos contestó el ruido sordo de los mastines, lanzándose contra la puerta.

La oscuridad era tan densa, que teníamos que marchar agarrados unos á otros, alumbrándonos con antorchas fabricadas de cartón, que por casualidad apareció en un bolsillo.

Los relámpagos que, al principio habían sido ligeras palpitaciones de luz, eran entonces tan intensos, que deslumbraban, dejándonos luego ciegos.

De repente, á la luz de uno, vimos una cruz y la ermita de la Virgen de la Peña, que se alza á algunos metros de la Cartuja.

El río sonaba á la derecha. El camino se perdía en agua.

Dábamos vueltas al azar, cuando vimos brillar luces frente á nosotros. Guiándonos por ellas, avanzábamos. De improviso, un relámpago nos descubrió toda la entrada del Monasterio: un hermoso arco artesonado con tres imágenes metidas en sus hornacinas, allá en lo alto.

Llamamos á la puerta, tras la cual se oía música de guitarras y el coro de voces humanas entonando el estribillo de una jota.

Abrieron y nos encontramos bajo techo, á tiempo que la nube se deshacía en agua y los mozos de ronda se retiraban por la galería de pórticos, continuando su música ensordecida por la lluvia.

*Lunes, 8.*

Muy de mañana nos hallábamos en el patio buen golpe de gente. Á la madrugada habían llegado al Monasterio otros viajeros, cinco alemanes, que, perdidos de noche en el monte, aguardaron hasta el alba para encontrarle.

Van al Paular muchos alemanes, desde

que uno descubrió este lugar hermosísimo. Llegan formados militarmente, cantando aires nacionales. Vanse del mismo modo, no sin antes ejecutar diversas evoluciones militares. Los ecos del Valle del Lozoya han repetido muchas veces el himno nacional de los extranjeros:

*Deutschland, deutschland über ales.*

Discurríamos por los pórticos, alemanes y españoles, á cual más estropeado. Alguno de nosotros hubiera podido ser recibido en un círculo, no muy exigente, de mendigos ó vagabundos.

Mirábamos los dibujos hechos con tabas de carnero en el empedrado de las galerías: grandes estrellas blanquecinas, que resaltaban débilmente, manchadas por el barro, entre los negruzcos cantos del pavimento. Delante de algunas puertas, había letreros formados también con las tabas: *Bodega... R. Botica.*

De un segundo patio, salía un numeroso rebaño de hermosas cabras. Poco después, pasó una corta sección de inválidas y decrepitas, conducidas por una vieja encorvada.

En el centro del patio, acosadas por los juegos de los perros, tres ovejas, dos blancas y una negra, daban vueltas alrededor del pilón, donde por seis surtidores una taza de piedra vierte sus aguas cristalinas con un rumor alegre.

Era hora de visitar el Monasterio.

Hay en la portada de la Cartuja un grupo escultórico de sorprendente expresión entristecida. La rigidez de factura de aquellos escultores primitivos cuadraba bien á la escena: el cuerpo muerto de Cristo, sostenido en las rodillas de su Madre; Juan y María Magdalena postrados á los lados.

Desde la ojiva que forma la portada, la vista de la Iglesia, es de un efecto bellissimo y sencillo. La gentil reja se alza en primer término, aérea y trasparente como encaje, tras el cual se ve el retablo pesado y suntuoso, de blanca piedra pintada, rematado por un Cristo colosal, que abre desde la altura sus brazos atormentados.

Recorrimos la Iglesia, guiados por tan buen guía como el Sr. Menéndez Pidal, que encontramos en la Cartuja. Vimos el tabernáculo, producto de un arte epiléptico y

megalómano; el melancólico claustro, bajo el cual yacen en paz las generaciones de cartujos superpuestos.

Abriéronnos la puerta de una celda.

La vista encuentra, en primer término, á la derecha, la campana de una chimenea alzada sobre un hogar estrecho. Seguro es que todos tuvimos la misma visión ante los ojos: el blanco fantasma de un cartujo sentado allí ante el fuego, las manos tendidas hacia las llamas, fija la vista en el patio, mirando una noche negra en que revoloteaban pausados copos de nieve.

Tienen las celdas tres pisos, con habitaciones de invierno y de estío.

Un estrecho pasillo conduce al pedazo de tierra que cultivaba cada hermano. Al otro lado del huerto, tenían lavadero y otras dependencias.

Todo estaba ruinoso en la celda que vimos nosotros. En el patio, crecían altas hierbas silvestres y entre ellas las plantas espinosas de los lugares austeros. Junto al dintel de una puerta, florecía un girasol pequeño, que estaba allí como un símbolo de la vida. Recordé haber leído el trabajo de un sabio inglés ó yankee, que explica el dextrismo humano por un movimiento heliotrópico de nuestro cuerpo.

Luego vimos las dependencias del convento.

En el refectorio, las largas mesas de madera dan cumplido testimonio de la grandeza de los pinos que antaño criaba la selva.

Uno de los alemanes que visitaban con nosotros el Monasterio, subió al púlpito del refectorio y cantó desde allí un fragmento de *La Flauta encantada*, de Mozart, cuando el Obispo toma los votos á un novicio. Cantaba con una voz grave, sentida: y los arcos cruzados de las bóvedas vibraban al recibir la severa armonía del canto llano.

Paseamos luego por la huerta, donde en el centro se levanta una estatua del Rey D. Juan II, gran dispensador de mercedes al Monasterio, fundado por Juan I en 1390, cumpliendo un voto de su padre Enrique el de Trastámara, que una vez, en sus guerras, entregara á las llamas una Cartuja.

Los grandes girasoles que crecen en una de las avenidas, inclinaban al suelo las pe-

sadas flores, empapadas del agua de la noche. El sol estaba cubierto por nubes que filtraban una luz pálida. Era uno de esos días grises de tanta belleza en el campo. Relucían las hojas de los árboles y las plantas, con sus verdes distintos, lavados por el agua. El Monasterio se reflejaba en la tranquila superficie de un estanque.

La vista del agua invitaba á sumergirse en ella, y saliendo de la Cartuja, buscamos en los alrededores un lugar de baño, que encontramos en un arroyuelo, en cuyas orillas crecían matas de silvestre hierbabuena, que exhalaban su perfume penetrante.

A la tarde, recorrimos los alrededores.

En la alameda que conduce á la ermita de la Virgen de la Peña, hay tan grandes árboles, que apenas entre los cinco pudimos abarcar el tronco de uno.

Cerca del río, vimos dos reptiles enlazados. Al acercarnos huyó uno de ellos, deslizándose bajo una piedra. El otro estaba muerto. Comprobamos que era una víbora aplastada por algún caminante.

Emprendimos el camino de Rascafría.

Dejamos á la izquierda una laguna.

Después, un molino para la fabricación de papel, abandonado.

Sigue una serrería mecánica de la Sociedad de los Pinares del Paular.

Poco más allá, encontramos una familia vagabunda, acampada bajo una pieza de lona, tendida en ángulo desde una tapia hasta el suelo. Un pequeñuelo se acercó pidiéndonos limosna; un hombre dormitaba en el interior; las mujeres cuidaban de una sartén de arroz que hervía al fuego. Una era montañesa; la otra castellana. Recorrian los pueblos haciendo flores de papel, que compraban los mozos para adornarse el sombrero en aquellos días de fiestas por la Virgen de Setiembre. Dejaban la alegría tras de sí, como la estela de un barco.

A unos dos kilómetros del Paular, hallamos el pueblo de Rascafría. El agua brota de las mismas casas y corre en arroyuelos por las calles. No por eso son desconocidos en este lugar los borrachos. El llamado *El Tizo*, famoso pescador de truchas, es un buen ejemplar de hombre rústico alcoholizado.

Regresamos al Paular al caer la tarde.

Ya cerca de media noche, pasamos una hora en el patio del claustro, agrupados en los peldaños de una devota cruz, bajo un templete allí erigida.

A algunos pasos de nosotros, teníamos la tumba, en figura de arca granítica, del Obispo de Segovia, D. Melchor de Moscoso, que falleció en la Cartuja en 30 de Agosto de 1632. El sepulcro blanqueaba entre la orla de arrayanes que le rodea. Más allá, algunos cipreses seculares elevaban al cielo su tristeza.

Recogidos en la paz soberana del campo santo, gustábamos la sensación del misterio que se desprendía de la tierra y llenaba el espacio como un aroma penetrante. Inevitablemente vinimos á hablar del miedo, y sentimos erizarse la piel á sus primeras impresiones.

Volvimos por los claustros, medrosos, á tácitos pasos.

Recordaba el pasaje inspirado á Baroja en su novela *Camino de perfección*, por aquel mismo sepulcro.

«¡Qué hermoso poema, el del cadáver del Obispo en el campo tranquilo! ¡Qué alegría, la de los átomos al romper la forma que los aprisionaba, al fundirse con júbilo en la nebulosa del infinito, en la senda del misterio donde todo se pierde!»

*Martes, 9.*

A otro día, subimos á un alto á contemplar el panorama del Valle del Lozoya.

Es un paisaje más rico de color, más riente que el del Valle de Navacerrada, pero no impresiona tanto como la austera belleza de éste. Una línea de árboles corta el valle. De vez en cuando, brilla entre ella la cinta de agua del Lozoya, herida por el sol que reinaba en lo alto. Tendidos en praderas, entre masas frondosas de arbolado, distínguense los pueblecitos del valle, Rascafría, Oteruelo, Alameda...

Luego, bajamos al río, que allí llaman Arroyo de la Laguna, por venir de la de Peñalara.

El agua corre abriéndose á viva fuerza un cauce entre las rocas. Lugares hay, donde la piedra tiene la señal de cada una de las gotas de la corriente, al modo que en cier-

tos terrenos arenosos, después de un chaparrón, se advierte la huella de cada gota de la lluvia. Así era el que escogimos para baño. La piedra, horadada enteramente por abajo, avanzaba sobre un remanso, formando una lámina ligera. Bajo ella podíamos permanecer como monstruos fluviales en su cueva.

Luego de visitar el claustro viejo del Monasterio, marchamos á la tarde hacia Alameda, por el camino del robledo. Llevábamos delante de los ojos la imagen de una gentil figura femenina, que poco antes nos tenía embelesados.

La senda serpentea entre matorrales de roble, dejando á la izquierda el río. Poco antes de llegar á cada pueblo encuéntrase un molino. Al pasar al tercero, cruzamos el Lozoya para entrar en Alameda.

Celebrábase allí la función de la Virgen.

Las vacas estaban en la plaza, cercada de carros, donde se sientan hombres y mujeres. Poco tardó en comenzar la corrida. Las reses eran mansas; los toreros poco diestros. Los mozos se agolpaban en las piedras que cercan el olmo plantado en medio de la plaza. Tan solo cuatro ó cinco aventuraban una suerte. El público estaba frío y silencioso. Parecía que asistían más por obligación que por gusto. De una taberna salía música indecisa de guitarras y bandurrias.

Abandonamos la plaza y cruzamos el pueblo.

Pegado á la iglesia está el osario. Vimos al descubierto un gran fémur y un trozo desarticulado de un cráneo.

Oteruelo es más pequeño y pobre que Alameda. Su iglesia tiene en lugar de torre una modesta espadaña. El pueblo estaba desierto. Los vecinos habían ido á aburrirse sistemáticamente en Alameda.

Hermosísimas praderas encuéntrase á izquierda y derecha del camino, hundido, como un barranco, entre zarzales. En muchos sitios se hace intransitable porque se hunde en el agua.

Pasamos otra vez por Rascafría.

Nadie diría que estos pueblos tienen una vida de seis siglos. En tanto tiempo, los días han sido iguales siempre. Las vidas de todos los que han sido se parecen; nacen, se

reproducen y mueren, labrando la tierra, cuidando los ganados y los hijos. También estos pueblos son monasterio, también se hallan fuera del ruido del mundo.

Vencíanos la inevitable depresión mental que acompaña á la disminución de la luz del día. Luego, reaccionando, cantamos y llegamos así á la Cartuja.

*Miércoles, 10.*

Pasamos la mañana remontando el curso del río. Admiramos el trabajo de las aguas en la roca. Aquí habían figurado una gran calavera de gigante, con sus foscas órbitas huecas y sus fosas nasales carcomidas. Más allá, el terreno socavado avanzaba sobre el agua, imitando el casco de un buque en carena.

Al otro lado del río, descubrimos un gran estanque en el cual se miraban grandes y frondosos álamos.

Contemplábamos fascinados la tranquilidad y pureza de las aguas, cuando vimos volar un buitre reproducido en el espejo del estanque. Volvió á pasar dos ó tres veces más, agitando rítmicamente sus grandes alas. Era la tercera aparición de las aves rapaces en nuestro viaje. Las águilas y los buitres anidan y se reproducen en esta tierra. ¡Cómo puede odiarlas el sabio, el artista Elíseo Reclus! ¡Cómo puede celebrar las montañas «donde no queda ni un nido, ó el único que queda no guarda más que un pajaraco solitario y desconfiado, viejo, medio tullido y comido por los parásitos!»

Volvimos después del baño á la Cartuja, que habíamos de dejar una hora después.

No nos cansábamos de admirar el cuadro de la entrada.

Una fuente de piedra, como la del patio, en primer término; luego, alzándose en la verde pradera, esmaltada de flores, una cruz de granito, y en el fondo, recostándose en la atmósfera diáfana, azul, resplandeciente, la entrada del Monasterio, conservando á la derecha de la portería la iglesia primitiva, la capilla de Reyes, cuadrada, con altas ventanas, techo de pizarra y robustos contrafuertes en los flancos, llenos de robustez, sencilla y sobria.

Salimos á la una y media del Monasterio,

buscando el camino del puerto de la Morcuera.

Antes de las cinco, le habíamos traspuesto, y veíamos Miraflores en el fondo, descansando junto á una fuente. Al ir á beber en ella, huyó un pájaro asustado. ¡Quién pudiera beber con él, como dos buenos amigos!

Cruzando robledales espesos, llegábamos á orillas del Guadalix á las seis y media.

Poco después estábamos en el pueblo, más tristes que cansados. La excursión estaba terminando.

*Jueves, 11.*

Á las cinco de la mañana, subimos al coche. Todos los asientos estaban ocupados y hubimos de acomodarnos en el techo, como mejor pudimos.

Veníamos arropados, silenciosos, pensando que habíamos realizado una hermosa excursión. Dichosos, por habernos sentido sanos y fuertes, por haber estrechado nuestra amistad en cinco días de vida íntima.

Poco á poco iba clareando. Del Naciente subía un color rosado delicadísimo.

Una vuelta del coche por el tortuoso camino, nos privó del espectáculo de la aurora. De improviso nos sentimos envueltos en la suave, tibia claridad del sol naciente.

Á la derecha del camino, veíamos el pico de la Najarra, la montaña de nombre misterioso, pelada en la cumbre, riscalosa, con la expresión de una esfinge en cada risco.

Detuvimos unos momentos en Colmenar, mientras cambiaban el tiro.

Desde Colmenar á Madrid, el camino tiene detalles siniestros.

Vimos primero un cúmulo de piedras en el lugar donde ocurrió una muerte. Preguntamos por qué no habían erigido una cruz. Acaso era un suicida, y alrededor de aquellas piedras brillaba de noche la flor del alma perdida.

Poco después apareció una cruz de piedra. Decía: «E. L.—1848.»

Luego otra con la siguiente inscripción: «1899.—José Santos.»

Y otra, y otra, la última de madera, tocando la cuneta de la carretera.

Dos de ellas estaban dedicadas á otros dos carreteros aplastados por sus carros.

Las otras dos á las víctimas del asesinato.

Se comprendía que nos acercábamos á una de esas zonas criminales que irradian de todo centro de población, á poco denso que sea.

Nuevamente cambiamos de tiro en Fuen-  
carral.

Un globo aerostático apareció en el ho-  
rizonte. Luego supimos que era de los Inge-  
nieros militares.

Encontrábamos, cada vez con más fre-  
cuencia, construcciones á uno y otro lado del  
camino. Menudeaban más los viandantes.  
Luego, aparecieron tendidos sobre el suelo  
los carriles de un tranvía, y al fin la carrete-  
ra penetró en Madrid y se perdió entre sus  
calles como un río se pierde en el mar rui-  
doso y agitado.

## LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX (1)

por D. Rafael Altamira,

Catedrático de Historia del Derecho en la Univer-  
sidad de Oviedo.

(Conclusión.)

13. *Los estudios filosóficos y jurídicos.*—  
Como hemos dicho, fueron éstos de los más  
cultivados durante el siglo XIX.

Habíase roto, en los de filosofía, la tradi-  
ción de la antigua escuela española, por la  
decadencia enorme del escolasticismo du-  
rante el siglo XVIII (bien acusada por Feijóo)  
y por difusión de ideas nuevas de los *enciclo-  
pedistas* franceses, que no dieron aquí ningún  
fruto propiamente científico.

A mediados del siglo, el sacerdote catalán  
D. Jaime Balmes (1810-1847) intentó restau-  
rar la filosofía católica, reanimando, con  
elementos nuevos, sus formas tradicionales,  
y con sus libros *Filosofía elemental y funda-  
mental*, *El Criterio* y *El Protestantismo com-  
parado con el Catolicismo*, produjo un movi-  
miento de atención hacia estas cuestiones;  
que ninguno de sus continuadores directos  
supo mantener.

Una tendencia distinta, que, por exagera-  
ción del sentido religioso, llegó casi á caer  
en la heterodoxia, la llamada *tradicionalista*,

tuvo por representante á Donoso Cortés,  
más literato que filósofo y, desde luego, muy  
inferior á Balmes.

Algunos años después de la muerte de  
éste, empezó á influir en España un nuevo  
sentido filosófico, enteramente desligado de  
todo dogmatismo, de todo carácter confesio-  
nal, é inspirado en los modernas escuelas  
alemanas, principalmente la de Krause. Ini-  
ciador de este sentido fué el pensador espa-  
ñol D. Julián Sanz del Río (1817 á 1869),  
quien, después de un viaje científico al ex-  
tranjero (comisionado por el Ministro pro-  
gresista Gómez de la Serna, para estudiar los  
sistemas filosóficos alemanes), regentó du-  
rante muchos años una cátedra en la Univer-  
sidad de Madrid. A ella acudió bien pronto  
la juventud intelectual liberal, de cuyo seno  
habían de salir más tarde muchas de las  
grandes figuras de la Revolución de 1868.

Esta segunda dirección, aunque ya prelu-  
diada y representada desde los últimos años  
de Fernando VII por algún Ministro, y, más  
tarde, por Mendizábal, Mon, Bravo Murillo  
y otros, adquirió singular viveza en los tiem-  
pos próximos y preparatorios de la Revolu-  
ción de 1868, con la fundación de la Sociedad  
libre de Economía política, en que se agru-  
paron todos los liberales individualistas de-  
cididos, y de su hijuela, la Asociación para  
la reforma de los aranceles, en que bien tem-  
prano (1859) figuraron hombres como Alcalá  
Galiano, Canalejas (D. Francisco de P.), Car-  
ballo, Rodríguez (D. Gabriel), Bona, Pastor,  
Sanromá, Castelar y otros que aún viven,  
promoviendo la lucha empeñada entre *libre-  
cambistas* y *proteccionistas*, que continuó du-  
rante todo el período revolucionario, aunque  
con ventaja para los primeros; pues los par-  
tidos liberales se afiliaron, casi en masa, á  
la doctrina librecambista, aplicada en la le-  
gislación particularmente durante la Revolu-  
ción, merced á la gestión ministerial de  
Figuerola y de Pedregal. La escuela protec-  
cionista—que ya antes de 1868 había tenido  
por mantenedores á Morquecho, Menéndez  
de Lurca, Güell y Renté y otros—logró  
preponderar después de la restauración bor-  
bónica, merced, sobre todo, á la influencia  
de Cánovas del Castillo y de los economis-  
tas catalanes y vizcaínos.

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.



La influencia de Sanz del Río no estribó en la doctrina misma de Krause. Su propósito no fué enseñar un sistema determinado, sino ejercitar el pensamiento en la libre investigación, encauzándolo en la más severa disciplina lógica, cuyo único fin era la averiguación de la verdad. En este sentido, la enseñanza de aquel maestro ejerció considerable influencia en las generaciones de la segunda mitad del siglo XIX, y sin ella no se pueden explicar muchos de los fenómenos de la historia científica española de ese tiempo. Despertó en muchas gentes (apartadas, por su sentido liberal, de tales estudios, á la manera como se cultivaban entonces en España) la afición á las investigaciones filosóficas, provocando, aun en sus contradictores, y por natural reacción, un renacimiento de aquella ciencia; y, en general, orientó á la juventud estudiosa hacia la cultura alemana y de otros países europeos, provocando el conocimiento de muchos autores y libros que fueron la base de la educación de varias generaciones.

El krausismo—como se llamó á esta tendencia—no se perpetuó en forma de escuela filosófica. La dirección metafísica de su influencia, representada algún tiempo por varios profesores (Tapia, Quevedo, Canalejas, Arés, Castro, Sama, etc.), se fué desvaneciendo, de una parte, al contacto del *positivismo*, que penetró en España algunos años después, y de otra, por el superior atractivo que, al parecer, tienen sobre el espíritu español las cuestiones filosóficas particulares, y, sobre todo, las que se refieren á la vida práctica. Así, los dos órdenes en que vino á condensarse la influencia krausista, fueron el jurídico y el pedagógico. En el primero, de larga y gloriosa tradición española, habíanse ya señalado antes cultivadores notables, como Pacheco, Pérez Hernández, Arrazola, Cortina, García Goyena, Alcalá Galiano, Donoso Cortés, etc. La traducción del *Derecho natural* de Ahrens (1841), por Navarro Zamorano, y las lecciones de Sanz del Río, encauzaron decididamente los estudios jurídicos en el sentido krausista, más ó menos modificado, y promovieron la formación de una escuela que, después de sufrir la influencia de Ahrens, Röder y otros autores

de análoga tendencia, ha llegado á tener ciertos caracteres originales (Maranges, Pérez Pujol, Romero Girón, Concepción Arenal, Luis Silvela, etc.). La huella de esta corriente nótese aun en los jurisconsultos que se muestran hostiles, ó en los que, sin esto, mantienen cierta independencia de doctrina, entre los cuales han figurado últimamente M. Silvela, Alonso Martínez, Comas y otros.

La creación, por D. Fernando de Castro, de la *Asociación para la enseñanza de la mujer* (1869), continuada luego por Ruiz de Quevedo (D. Manuel) y otros, y, en 1876, el nacimiento de la *Institución libre de enseñanza*, cuyo núcleo estuvo formado sobre todo (como la citada Asociación) por discípulos de Sanz del Río, dieron motivo á que se condensase otra de las direcciones fundamentalmente implícitas en las lecciones de aquél: á saber, la pedagógica, es decir, el estudio de las cuestiones que se refieren á la organización, sentido y procedimientos de la enseñanza y educación. Durante mucho tiempo, á partir de aquellas fechas, los grupos de la Asociación y de la *Institución libre* (particularmente el segundo) han representado el cultivo especial de esta rama de la ciencia antropológica que, merced á su propaganda, ha ido ganando poco á poco la adhesión y el interés de pensadores y políticos de otras procedencias.

Aparte el movimiento krausista, se han producido en España otras influencias menos importantes, como la de la filosofía hegeliana, en la metafísica y en la ciencia política; la de la doctrina benthamista en el derecho; la de la filosofía llamada escocesa en sus dos direcciones, francesa y pura; la del neocartesianismo y las teorías de Cousin, etc., en las cuales se distinguieron profesores y publicistas como Contero, Alvarez de los Corrales, Huidobro, Fabié, Rivero, Moreno Nieto, Castelar, Alvarez Guerra, Lloréns, Martí Eixalá, P. Azcárate, Martín Mateos, García Luna, Arnau, Vidart y otros. Consideración especial merecen la influencia del positivismo francés é italiano y de la escuela histórica de Savigny, que al cabo han venido á combinarse y ser asimilados en no poco por la primitiva dirección krausista.

En la filosofía católica, se ha producido también, en los últimos años, una restauración importante del escolasticismo, muchos de cuyos cultivadores todavía viven; señalándose, entre los ya muertos, el P. Ceferino González, Arzobispo que fué de Toledo.

14. *La Economía*.—El carácter predominante político de la vida española durante casi todo el siglo XIX, así como de un lado llevó, como hemos visto, la atención de los estudiosos hacia el derecho y la ciencia política (materias íntimamente relacionadas con la preocupación general), mantuvo también la antigua tradición economista, que durante la decadencia había degenerado en el *arbitrismo* y que en el siglo XVIII había despertado con grandes bríos, á impulsos de las reformas ministeriales y de la acción de las *Sociedades Económicas de amigos del País*. En el siglo XIX, la orientación de tales estudios obedece á dos corrientes principales: es una la de la ciencia misma, influída en mucho por los grandes movimientos sociales que se iban produciendo en el extranjero y preparando la formación en España del partido socialista; y otra, la del problema financiero, que la reconstitución de la Hacienda pública y el choque de las ideas liberales con las del antiguo régimen, planteaban con urgencia.

Fuera de esta oposición de doctrinas arancelarias, la dirección dominante en todos los cultivadores de la Economía fué la individualista, más ó menos pura. A ella pertenecen, además de los citados, La Sagra (colaborador luego de Proudhon), Colmeiro (historiador de la Economía política española), Valle Santoro, Espinosa, Paso, Pastor, Oliván, Madrazo, Aller, Beraza, Carreras y González, y otros. De ella procedió Flórez Estrada (nacido en 1766), economista de fama europea, que luego sostuvo teorías colectivistas, siendo el iniciador, en este siglo, de la reacción socialista. Sin llegar á tanto, propagó más tarde algunas ideas en este sentido, y particularmente en la dirección proudoniana, Pi y Margall, quien las mantuvo durante toda su vida política, aliadas con otras de marcado individualismo. El krausismo, por su parte, ayudó á modificar la antigua ortodoxia economista, haciendo

entrar en ella ideas de sentido más social y orgánico; y á lo mismo contribuyeron otras influencias de escritores y revolucionarios franceses y alemanes, que en las Cortes Constituyentes de 1869 tuvieron expresión por conducto de algunos diputados radicales.

Los últimos años del siglo se caracterizan por un avance muy acentuado de la orientación socialista, no sólo en las masas obreras, mas también entre los intelectuales, y por la mayor atención que prestan los hombres de Estado á los problemas financieros, reaccionando contra el sentido de las luchas anteriores, puramente políticas, y obedeciendo á la necesidad de reorganizar la Hacienda y levantar el crédito público.

15. *La Historia y los géneros literarios*.—Fuera ya de las ciencias sociales y políticas, examinadas en los párrafos anteriores, el progreso mayor de los estudios durante el siglo corresponde á la Historia, respondiendo con ello España, no sólo á los adelantos de las demás naciones, sino también á la tradición nacional, muy acentuada en este orden. Realmente, el impulso estaba ya dado desde el siglo XVIII, en el doble sentido de la investigación crítica y de la composición de riguroso carácter científico. El primero continuó produciéndose, singularmente en el orden de la historia literaria y jurídico-social, con hombres tan eminentes como Martínez Marina (1754-1833), Llorente, Gallardo, Lista, Clemencín, Sempere, Pidal, Bofarull, Quadrado, Ferrer del Río, González, Yanguas, Gayangos, Milá, Aribáu, A. de los Ríos, Caballero, Godoy, Gonzalo Morón, Torres Amat, Tapia, Durán y otros, á la vez que, despertadas las aficiones arqueológicas, se renovaba el estudio y la estimación de los monumentos antiguos y de la vida de tiempos pasados, por obra principalmente de Piferrer, Parcerisa, Quadrado, Pi, Madrazo, Caveda, Assas y otros escritores y artistas. Acentuóse muy particularmente el cultivo de los estudios históricos después de la revolución de 1868, con la publicación de documentos inéditos y revistas especialmente históricas, organización de bibliotecas, archivos y museos arqueológicos y reforma de las enseñanzas universitarias.

A este período—en que se señalan con claridad las influencias de los métodos alemanes y franceses modernos—pertenecen Muñoz y Romero, Jiménez de la Espada, Fernández Guerra, Riaño, Pérez Pujol, Cánovas, Coroláu, V. La Fuente, Rada, Valmar y otros muchos.

Pero á la vez, y paralelamente, se desarrolló el concepto literario de la composición histórica, haciéndolo predominar sobre el científico; y de aquí multitud de obras que, ó son pura retórica, sin respeto ninguno á la exactitud de los hechos, ó dan preferencia á las cualidades de aquel orden sobre las de la rigurosa investigación crítica, ó responden á una idea preconcebida, política, religiosa ó de otro género. Entre las mejores historias de este tipo, deben citarse las de Toreno, Quintana, Tapia, M. Lafuente, Castelar y otros. Semejante modo de escribir la historia tiende á desaparecer, predominando nuevamente la investigación monográfica y la publicación de materiales.

En los demás géneros literarios, la obra del siglo XIX ha sido brillante. Nótanse en ella dos períodos: uno, en que se acentúa la influencia neoclásica francesa, cuyos más grandes cultivadores en la poesía son Quintana (uno de los poetas más inspirados del siglo) y Gallego; y otros, en que vence el romanticismo francés, preparado ya anteriormente por influencias de algunos románticos ingleses (Byron, Scott) y alemanes, y robustecido con la reivindicación del antiguo teatro castellano, que no dejó nunca de tener partidarios. Siguen esta corriente Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, Lista, Espronceda, Zorrilla (el representante más característico de la poesía romántica), Tassara, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Gertrudis G. de Avellaneda Bécquer, Larra (*Figaro*), Enrique Gil, Fernández y González, E. F. Sanz, etc., habiendo sido el teatro (*Don Alvaro, Los Amantes de Teruel, El Trovador, Don Juan Tenorio, Marcela, D. Francisco de Quevedo*, etc.) y la poesía lírica sus más altas manifestaciones.

Pasada la efervescencia radical del romanticismo, y rehecho el gusto de los escritores por un contacto más íntimo con nuestros autores clásicos y con los de otros países y

por la influencia de nuevas corrientes europeas, se produce un tercer período, de mayor equilibrio, en que, sin dejar de haber reminiscencias románticas, van ganando terreno el tradicional realismo, de una parte, y de otra, el corte clásico ó el fondo ideal de la poesía. Preludiaron ya esta Dirección poetas como Cabanyes (1808-1833), novelistas como Fernán Caballero (1796-1877) y narradores como Mesonero Romanos (1803 á 1882) y Estébanez Calderón (1799-1867); pero su entronizamiento es, naturalmente, mucho más moderno, y comprende nombres enteramente contemporáneos: Ayala, Tamyayo, Felú y Codina en el teatro; Querol, Campoamor y otros en la poesía; Alarcón, Alas, Ganivet, etc., en la novela. La filiación doctrinal y artística de estos escritores ha sido muy varia, y puede decirse que, aparte su propia originalidad, han representado las diferentes influencias que se dividen el arte moderno, desde las clásicas (particularmente del clasicismo español) hasta el realismo inglés, el naturalismo de Zola y sus continuadores, el sentido social y ético de los literatos rusos, escandinavos y alemanes, el teatro francés moderno, etc. De todas estas corrientes, las que más han impreso huella en el período á que nos referimos, son el naturalismo, el gusto teatral francés y los modelos rusos y escandinavos. La mayoría de los literatos que pudieran añadirse á los que acabamos de citar, como representantes y continuadores de las diversas corrientes del arte literario, viven aún y no debemos nombrarlos aquí.

En el siglo XIX, se ha producido también la restauración de las literaturas regionales de lengua no castellana, empezando por el catalán, cuyo órgano característico han sido los Juegos Florales (*Jochs Florals*: 1859). Este renacimiento ha contado durante el siglo con representantes de gran valía, cuyos nombres principalmente son: Rubió y Ors, Aguiló, Soler (*Pitarra*), Balaguer, Aribau, Masferrer, Briz, Blanch, Bofarull, Milá, Maspóns, Ixart y, especialmente, Verdaguer (el más grande poeta épico español del siglo XIX, notable también como lírico), en el catalán y mallorquín; Baldoví, Escalante, Llombart é Iranzo, en el valenciano; Pintos,

Añón, Camino, Rosalía Castro, Pondal, Pérez Ballesteros, Fernández Morales, Lamas Carvajal, Losada, Barcia, Saco, Posada, en la gallega. La más importante de todas estas manifestaciones es la catalana.

16. *El Periodismo y el Ateneo.*— Dos factores importantes en la vida intelectual española del siglo XIX han sido el Periodismo y el Ateneo de Madrid.

El crecimiento del periodismo—sobre la base de los ejemplos del siglo XVIII, aunque éstos eran principalmente literarios—corresponde á los periodistas liberales de 1811, 1820 y después de 1833. En los dos primeros, adquirió especial desarrollo la prensa política y polémica, en la que se distinguieron Gallardo, Villanueva, Sánchez Barbero, el P. La Canal, Quintana, Gallego, Lagasca, Antillón, Alvarez Guerra, Mejía, Morales, Stala, Miñana, García Suelto, San Miguel, Pidal y otros. Después de 1833, y particularmente después de la paz de Vergara, no sólo aumenta el número de los periódicos políticos, sino que se inician los literarios y las revistas enciclopédicas ilustradas, sumamente interesantes para estudiar la marcha de la cultura española y cuyos tipos principales fueron el *Museo de las familias* (1839). *No me olvides*, *El Artista* y *Las Novedades*, primer diario de cultura, fundado por Fernández de los Ríos. Los periodistas más notables de este período (hasta 1868), son: Larra (*Figaro*), Bretón, Alcalá Galiano, Bergnes de las Casas, García de Villalta, Estébanez Calderón, Espronceda, Núñez Arenas, Balmes, La Hoz, Fermín Caballero, Reinoso, Oliván, Pacheco, Pérez Hernández, Borrego, González Bravo, Donoso Cortés, Rancés, Lafuente (*Fray Gerundio*), Pedrosa, Ayala, Selgas, Nocedal, Carlos Rubio y otros. La revolución de 1868 marca un nuevo empuje y difunde por toda la Península el periodismo, tendiendo á convertir el diario en órgano de propaganda política y de cultura, juntamente, y multiplicando los periódicos de carácter literario y científico. Periodistas notables en este último período han sido Lorenzana, Rivero, Castelar, Calvo Asensio, Chao, Robert, Mañé, Santa Ana, Pi, Tuero, Escobar, E. Gasset, Rodríguez Correa, Albareda, Miquel y Badía, etc.

El periódico representa hoy en España el principal órgano de cultura literaria popular, por el carácter enciclopédico, no puramente político, que suele dársele, por su baratura y por la forma elemental y vulgarizadora de sus escritos, que se amolda bien á la falta de preparación en que se encuentra la masa de lectores. El mismo fin cumplen las revistas ilustradas económicas, cuyo número ha crecido en los últimos años y que suelen atender más á la ilustración misma que al texto. Pero esto mismo ha cedido en detrimento del libro y de la sólida formación de los conocimientos.

Tanto como la prensa, y en una esfera más independiente y elevada, ha contribuido á la difusión de la cultura el Ateneo de Madrid, fundado en 1820, institución singularísima en nuestra historia intelectual y sin cuya intervención no cabría explicarse muchos hechos de ella. La función principal del Ateneo ha consistido en representar, aun en los tiempos de reacción (excepto en el período de 1825 á 1835, en que estuvo cerrado) y de más viva lucha política, un centro de absoluta tolerancia, en que eran por igual admitidos los hombres de todas las ideas y completamente libre la emisión de éstas. Las conferencias y discusiones del Ateneo fueron, en muchos casos, el camino por donde se hicieron públicas y se difundieron doctrinas que en otros sitios hubieran sido reprimidas. En su tribuna brillaron casi todos los grandes oradores del siglo: Pacheco, Pidal (D. Pedro José), Alcalá Galiano, Donoso, Ríos Rosas, Castelar, Moreno Nieto, Revilla, Cánovas, Martos, Pi, etcétera.

17. *Las Bellas Artes.*—El neoclasicismo del siglo XVIII siguió imperando en arquitectura á comienzos del XIX; pero bien pronto se produjo contra él una reacción, paralela á la del romanticismo en literatura, cuya nota característica consiste en la imitación de los estilos medievales y del primer Renacimiento y en el afán por conservar y restaurar los edificios de aquellas épocas. Ejemplos de esta nueva corriente son las iglesias de San Jerónimo, pseudogótica, sobre la base de la antigua, verdaderamente gótica, del siglo XV), del Buen Suceso y las

Calatravas en Madrid; el Palacio de Museos y Bibliotecas, algunas casas particulares como la pseudoárabe de Xifré (Madrid), otras de tipo medioeval en Barcelona, muchas construcciones de carácter mudéjar y las restauraciones de San Juan de los Reyes, catedrales de Sevilla, Barcelona, y, muy especialmente, de León. Los arquitectos más notables que representan este sentido, son Alvarez, Colomer, Gándara, Enríquez, Mendivil, Coelloy, sobre todo, Madrazo (D. Juan), alma de las obras de la catedral leonesa. En los últimos años del siglo, la arquitectura, aunque sigue en general copiando, combinando é inspirándose en todos los estilos anteriores, sin crear un tipo original, tiende á trasformarse por el uso predominante de materiales nuevos, como el hierro, que obligan á buscars forma propias. Tipos de estas construcciones son, v. gr., la estación del ferrocarril del Mediodía (Madrid), el llamado Palacio de Cristal del Retiro, el Mercado de la plaza de la Cebada, etc.

La pintura ha pasado, también, por diferentes influencias, que marcan períodos distintos, todos ellos de más importancia que los de la arquitectura. Goya siguió pintando en los primeros años del siglo, así como López, que no murió hasta 1850. La reacción neoclásica vino por influjo del pintor francés David, representado en España por Aparicio, Ribera (D. Juan) y Madrazo (Don José), principalmente estos dos últimos, profesores de la Academia de San Fernando á mediados del siglo. Madrazo fué también organizador del Museo del Prado (que se abrió en 1819) y creador de las pensiones de Roma, que produjeron un renacimiento del arte. Al mismo tiempo se significaron como imitadores de Murillo, Esquivel, Becquer (padre), Gutiérrez de la Vega y Tejeo. El romanticismo, traído por influencias alemanas (Owerbeck) y francesas (Proudhon, Géricault; más tarde, Delacroix, Ary Schœffer, etc.), fué iniciado aquí por Federico de Madrazo y Carlos Luis Ribera, desarrollándose y modificándose después al impulso de nuevas influencias y de un mayor progreso en la concepción y la técnica pictóricas. La primera exposición oficial, celebrada en 1856, reveló á varios artistas nuevos, entre ellos

Carlos Haes, cuyo realismo tuvo una importancia grande en la historia ulterior de nuestra pintura de paisaje. Posteriormente, aparecen otros pintores, inspirados todos en el sentido romántico, como Gisbert, Casado, Manzano, Llanos, Fierros, Palmaroli, Mercadé, Sans, Alvarez y, sobre todo, Rosales, cuyo *Testamento de Isabel la Católica* (1864) es el mejor cuadro romántico de la época. Descendientes de esta escuela, con novedades hijas de la variedad de los tiempos, son Plasencia, Casanova y otros que aún viven. Fortuny (1838-1874) ofrece caracteres especiales, hijos de condiciones propias, fructificadas en sus viajes, y de influencias francesas, especialmente la de Meissonnier, caracterizándose por la riqueza de color y la fuerza de luz. El realismo, que en cierto sentido vino á reaccionar contra el romanticismo y á modificarlo, imponiendo la indiferencia del asunto y aspirando, sobre todo, á expresar sinceramente el natural, así como, más tarde, las nuevas corrientes del impresionismo, puntillismo, simbolismo, etcétera, han producido, á fines del siglo, gran variedad de estilos, individualizándolos y dando origen á notables obras de arte.

La escultura ha tenido menos importancia, hasta el último tercio del siglo, en que autores que todavía trabajan, han traído un renacimiento de este arte. Entre los fallecidos, se encuentran Piquer, Ponciano, San Martín, los Bellver, Pérez, Medina, Susillo-Grajera, Oms.

La música vivió, en los primeros años, supeditada á la ópera italiana, que hizo furor en los teatros de Madrid, Barcelona y otras poblaciones. A ella se unió el nombre de Carnicer, compositor catalán, algunas de cuyas obras alternaron con las de Rossini (sinfonía y serenata de *El Barbero de Sevilla*). Notables fueron también Gómis (que murió en 1836), Saldoni, el guitarrista Sors, muy aplaudido en toda Europa, y, sobre todo, el vizcaíno Arriaga, fallecido prematuramente en 1825. La música religiosa seguía, aunque decadente, cultivada por algunos maestros de capilla, entre los que sobresalió Eslava. En 1849-50, apareció el género mixto de ópera y drama, llamado *zarzuela*, que arraigó rápidamente, siendo la expresión nacional

de la música. Barbieri, Gaztambide, Oudrid, Hernando, Inzenga, Salas, Olona, Arrieta y, otros muchos, dieron impulso á este género, con obras que todavía se cantan y algunas de las cuales tienen verdadero mérito artístico. Posteriormente, se trató de crearla ópera española, empresa en la que han luchado casi todos los artistas que hoy viven, á la vez que la zarzuela degeneraba en obrillas de escaso empeño, que han formado en gran parte lo que se llama el «género chico».

En el orden teatral, ha contribuído también España al progreso de la música con cantantes notables, como las tiples ya citadas, la Malibrán y la Viardot, Salas, el tenor Gayarre y otros muchos.

Por lo que toca á la música pura, cultivada en reuniones particulares hasta bien entrado el siglo, con audiciones de los clásicos (Haydn, Beethoven, etc.), empezó á influir en el gusto del público desde 1863, gracias á los cuartetos del Conservatorio, fundados por Monasterio; á los que siguieron los grandes conciertos de primavera, iniciados por Barbieri, para difundir, como aquéllos, el conocimiento y la afición de los grandes maestros del XVIII y XIX, principalmente los alemanes. A lo mismo contribuyeron pianistas notables, como Guelbenzu, Mendizábal, Vázquez, Power y otros, y más tarde, diferentes asociaciones creadas en Valencia, Bilbao, Barcelona y otros puntos. A esta corriente (ampliada después con la introducción, en los conciertos madrileños, de música contemporánea alemana, escandinava, francesa, etc.), se ha unido recientemente un movimiento de restauración de la antigua música religiosa española (Cabezón, Victoria, etc.), que empieza á ser ejecutada de nuevo en las iglesias y á ser apreciada por los artistas de todos los países.

Por su parte, el cultivo popular de la música recibió un gran impulso con la fundación de los coros ú orfeones catalanes, dirigidos por el maestro Clavé, autor fecundísimo y de mérito. El ejemplo de Clavé fué imitado luego en otras regiones, coincidiendo con la corriente que busca en los cantos populares motivos para regenerar nuestra música y dar firme base á la ópera

nacional, en combinación con influencias wagnerianas y de otros maestros extranjeros.

## CARTA DE PARÍS

por X.

...Mi vida aquí se reduce á frecuentar bibliotecas y á visitar alguna que otra institución de enseñanza popular; hago también alguna excursión al campo con los alumnos de la Alianza francesa. Estudio principalmente cosas de educación, con ánimo de redactar lo antes posible mi Memoria; pero no concreto á esto mi trabajo. Me interesa todo lo que se refiere á educación y enseñanza y no pierdo oportunidad de enterarme. Antes de las vacaciones, solían dirigirme en la redacción de la *Revue de l'enseignement supérieur*, cuyo director, M. Picavet (1), me proporcionó ocasión de visitar cuanto quise. Con las vacaciones, suspendí mis tareas, hasta que se reanuden las clases.

M. G... me ayuda en cosas de más empeño, para orientarme en las cuestiones que ahora aquí preocupan. Trabajó mucho este año en la clase de M. Buisson, que fué donde más le ví. Su tema constante es la Revolución francesa, y su criterio el del jacobino más snbido. Hoy está mucho con Jaurès y su partido, que están muy al habla con Kropótkin. Yo encuentro mucho encanto y enseñanza en su fe y entusiasmos. G... cree que es injusto atribuir á la Revolución el predominio de la burguesía. Todas las pretensiones obreras actuales están contenidas—dice—en la declaración de los derechos del hombre, y Francia inició la educación popular, por más que ahora se quiera (por ejemplo, Buisson) volver los ojos hacia Inglaterra (2). Y ese es el sentido dominante en todo el socialismo francés, estos días á la greña con conspicuos revolucionarios, por saber quiénes son los que mejor guardan los principios de aquel movimiento, en que, por

(1) Maestro de conferencias en la escuela *des Hautes Etudes* de París, Secretario del último Congreso de Enseñanza superior.—N. de la R.

(2) V. *La educación de los adultos en Inglaterra*, por Buisson, traducida al español por *La España Moderna*.—N. de la R.

lo visto, para los que así piensan, se agotó la historia de la humanidad.

Mi otro maestro, con M. G..., es M. Gide (1), quien me guía en las cuestiones sociales y obreras. Es un hombre también sumamente interesante, de espíritu extraordinariamente abierto é imparcial, y de los que más trabajan aquí por el pueblo y con él, en cooperativas, Universidades populares, etc. Es el profesor más completo y que más me satisfizo de los que he tratado. Su orientación es un poco ruskiniana. Con él he visitado cooperativas y sociedades de educación y pienso asistir al Congreso protestante de Estudios sociales, que va á celebrarse en Lila.

Las impresiones que todo este movimiento me produce varían enormemente y son lo más discordantes: unas veces creo que es admirable; otras que no vale nada y que son los últimos aleteos de una civilización decadente. Ahora estoy en un buen período de entusiasmo. Cada vez voy viendo cosas mejores en París; sobre todo, en el París que trabaja y calla, que no es el que nos atruena pregonando á todas horas sus miserias. Noto también que los más descontentos y exigentes somos los españoles (¿por qué somos más pedantes?) Hay infinidad de cosas, cuya excelencia me mostraron amigos míos alemanes é ingleses. Recuerdo que un escocés, que hoy explica (en inglés) un curso de literatura en la Universidad de Grenoble, me hablaba con gran entusiasmo de estas Universidades populares, que, me decía, «no tenían semejantes en Inglaterra» (1); cuando yo formaba una idea muy mediana de la pobreza de ese movimiento y no pensaba más que en la *University Extension*. Hoy ya estudio las cosas más despacio y tengo pensado no irme á España sin compararlas al menos, *de visu*, con las de otras partes.

Sin embargo, creo poder afirmar que el movimiento es modesto en sí; no en sus pretensiones, que Dios sabe lo que abarcan. Procuero observar sus estudios, las doctrinas que esparcen, sus fiestas populares, la educación y la moralidad de sus miembros. En

(1) Profesor de Economía en París y el más eminente apóstol en Francia del cooperacionismo.—*N. de la R.*

todo ello se notan restos muy vivos de las ideas y costumbres de los revolucionarios de un siglo ha: las mismas ideas políticas, el culto á la razón, las fiestas á la religión de la humanidad. En general, no puede, en todos estos centros de educación (diría mejor de propaganda política), hablarse de investigación racional, libre y serena, á no ser sobre media docena de verdades «indiscutibles» (entre ellos): que no hay Dios; que la propiedad es un robo; que todo es materia, etcétera, que circulan con un dogmatismo tan cerrado, que á veces desesperan á los profesores mejor intencionados. Las Universidades populares, por supuesto, son socialistas, como aquí ya va siéndolo todo: por ejemplo, la cátedra de Buisson (1), ó la Escuela normal de la rue d'Ulm (2), etc. Además, apena que los que se tienen por más reformadores—y lo son quizá—sigan tan paso á paso la marcha «burguesa»; como si todas sus luchas y reivindicaciones no tuvieran más objeto que reemplazar á la burguesía en su vida más miserable. De esto se ve á todas horas. Aquí estuvieron los niños del *Vooruit* (3) de Gante en misión pacífica: un grupo de muchachos y muchachas encantadores, de una raza envidiable, dispuestos á confraternizar con sus hermanos de otras naciones, haciéndose órganos de las decisiones de los últimos Congresos de la paz. Daba lástima verles uniformados y luciendo sus gracias (representaciones, sin pizca de espontaneidad) hasta altas horas de la noche, para satisfacer la vanidad del maestro, como si fuesen educandos de un convento cualquiera. Pero se salva la idea; y, á despecho de las rutinas que quedan, va realizándose poco á poco. Por ese lado, no sé si habrá algún sitio como París, para observar la marcha de la historia. No hay movimiento que no tenga aquí eco y decididos partidarios en seguida.

(1) La cátedra de pedagogía de la Sorbona, instituída para el malogrado H. Marion y confiada, á su muerte, al gran director y creador de la nueva enseñanza primaria francesa.—*N. de la R.*

(2) La escuela destinada á formar el profesorado para las enseñanzas de Letras y Ciencias en facultades y liceos.—*N. de la R.*

(3) Gran institución de cooperación socialista, con escuela.—*N. de la R.*

Al lado de esa corriente de la educación popular, se encuentran infinitas más. Todo el mundo hace enseñanza y obra social: cada cual á su modo y en pro de sus ideales. Unas veces son el *Bon Marche* ó los condecorados de la Legión de Honor; otras los innumerables grupos de cooperadores, comtistas, fourieristas, montañistas, etcétera, etc. Estos días pienso visitar á Andler (1), que creo que conoce muy bien lo más culminante de la organización socialista, (fuera de las *U. P.*) (2), en todos sus matices. Obras sociales de educación, desde el punto de vista patronal, he visto muchas, por mediación de la Sociedad de Economía social; no me llamó la atención ninguna, salvo el empeño con que trabaja, la seriedad y, generalmente, la elevación de la clase más conservadora y mejor acomodada de Francia. Desde el punto de vista religioso, me hizo muy buena impresión *Le Sillon*, asociación de jóvenes demócratas y católicos que, en su vida con los obreros, aspiran á mantener un espíritu semejante al de los *Settlements* ingleses. Tienen un hermoso Círculo en París y Círculos de estudios ó «Institutos populares» (por oposición á las *U. P.*), donde proclaman la confraternidad más absoluta *con todas las creencias* y el espíritu de investigación libre. Los sucesos que se produjeron con motivo de las congregaciones, en los cuales el *Sillon* tomó mucha parte, modificaron aquella mi primera impresión. Hoy creo que, en aquella casa, el Director, Marc Fauquier, es el que verdaderamente vale, y lo que dice. Los protestantes llevan á éstos ventaja en elevación de espíritu, idealidad, franca y abierta tolerancia. ¡Da pena mirar para España desde este movimiento! Las Uniones cristianas de jóvenes, la Unión para la acción moral, los grupos de la Solidaridad, de la Sinceridad, etc., trabajan de firme y con un ideal muy simpático... Es el que más concuerda con nuestro movimiento extraconfesional y neutral (mal llamado *racionalista*). Un día

(1) Uno de los profesores mejor enterados del movimiento científico alemán, autor de un sólido libro sobre *Los orígenes del socialismo de Estado en Alemania*, y maestro de conferencias en la Escuela Normal de la rue d'Ulm.—*N. de la R.*

(2) Universidades populares.—*N. de la R.*

hablé de éste, á instancias de Paul Desjardins y de Gide, en una sesión de la *Unión para la acción moral*, y vimos en cuánto coincidían.

Renuncio á hablar de otras instituciones, por no hacer esta carta interminable; tendría que ocuparme de las asociaciones privadas, Politécnica, Filotécnica, de la Liga francesa de enseñanza, de la Sociedad popular de Bellas Artes, etc., así como de los grupos encargados de propagar el patriotismo, la agricultura, el arte, etc., en los cuarteles, por no dejar de incluir el movimiento que estas tendencias representan, que es muy significativo.

Con lo que saco de todas ellas, voy amasando mi Memoria en lo que se refiere á la «educación social». Estudio el sentido que aquí tiene ésta en la *Société d'Education sociale*, que es la que resume el reinante en este medio. Es el mismo, poco más ó menos, que resulta de las deliberaciones del Congreso de enseñanza de las ciencias sociales. De «Pedagogía social», en el sentido de Natorp y Bergemann, no sé si hay algo. No conozco aún más que los artículos de Blum en la *Revue philosophique*....

---

## INSTITUCIÓN

---

### LIBROS RECIBIDOS

Jordán de Urrés (Excmo. Sr. D. Juan).—*Enlaces de Reyes de Portugal con Infantas de Aragón. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*.—Madrid, Imprenta del Asilo Huérfanos, 1899.—Don. del Excelentísimo Sr. D. J. F. Riaño.

Engel (Eduardo).—*Psicología de la literatura francesa. Traducción directa del alemán, por Vicente Ardila Sande*.—Madrid, Victoriano Suarez, 1902. (Tomo IX de la Biblioteca de derecho y de Ciencias Sociales.) Don. de D. C. Bernaldo de Quirós.

Cervera Barat (Dr.).—*Rusticación. Discurso que dedica el Ateneo Científico á la Asamblea pedagógica reunida en esta Universidad para celebrar el IV centenario de su fundación*.—Valencia «El Mercantil», 1902.—Don. del autor.

---

Madrid.—Imp. de Ricardo Rojas, Campomanés, 8.  
Teléfono 316.